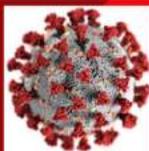


Meet



zoom



RELATOS DE DOCENTES EN CUARENTENA

(COVID-19 / 2020)

Recopilación de : Regina Varetto



**RELATOS DE
DOCENTES EN
CUARENTENA
(COVID-19 / 2020)**

Recopilación: Regina Varetto
Diseño: Germán Salazar

“No he querido saber, pero he sabido”
Javier Marías, Corazón tan blanco

RELATOS DE DOCENTES EN CUARENTENA

No he querido saber, pero he sabido... porque adentrarse en el mundo de los profesores exige coraje. Detrás de cada docente de este país existe una realidad descomunal y brutal. De vez en cuando, algún reportaje. Una semblanza desteñida y romantizando la precariedad de la profesión. Otra historia, vivirla desde adentro, capacitando, acompañando y, sobre todo, escuchando. Relatos de vida transidos de esfuerzo, superación, ávidos de conocimiento, buscando ser mejores para inocular en quienes esperan de ellos lo mejor. Hoy, la realidad los desafía a unas exigencias desconocidas. Sin duda, han dado el ancho en esta pandemia. Hoy no solo han abierto, una vez más, su corazón para enseñar y educar desde lo racional y lo emocional, sino que han abierto su casa, desde un computador. ¡Entren! ¡Entren! ¡Cámara encendida! ¡Apague micrófono! ¡¿Me escuchan?! Han debido montar una sala de clases en casa. En tiempo record. A la cual no solo tienen acceso sus estudiantes, también apoderados, padres y madres que con ojo y oído críticos observan...

Relatos de docentes en cuarentena es una invitación a todos aquellos profesores que quisieran contar, narrar, relatar, su catarsis pandémica. Cada uno de estos relatos contiene un trozo de vida, desde una profesión que en sí ya es difícil en este país. Se podrán imaginar esto y con una pandemia desde el pasado lunes 16 de marzo.

Este es un regalo para todos los docentes de la primera línea, cuya pasión les ha permitido ponerse de pie, asimilar este "realismo mágico", igualar a Sísifo en esfuerzo y emular a Don Quijote en idealismo.

Regina Varetto

Profesora de Lenguaje

Agosto, 2020

ÍNDICE

Autor	Página
Elizabeth Andrea Urzúa Azócar	6
Gustavo Morales Ramírez	8
Carla González	10
Carolina Prat M.	11
M ^a Francisca Sasso Lorca	13
Geraldine Balcarce	14
Gretel Hanzel	15
Manuel Sánchez Tapia	17
María Andrea Reyes García	18
Nadia Maldonado	19
Natalia Figueroa Jamasmie	20
Nora Carrasco	21
Paula Lambert M.	24
Soledad Varela	25
Ximena Vera Concha	27
Andrés López Umaña	28
Carmen Rosales Vera	33
Docente de Porvenir	34
Gianina Muñoz	36
Margarita Acuña Espejo	38
Mónica Guerra Silva	39
Paula Torrealba Galea	41
Francisca Quiroga Ansaldo	42
M. Eugenia Godoy Cabrera	43
Roberto Contreras Soto	46
Angelina Contreras Bravo	47
Belén Antilaf	49
Elena Peña Peñancar	50
Giovanna Núñez Araya	52
Janina Estela Toledo Mora	54
Paola Valdivia	55
Agustina Aravena	56
Cecilia Ramírez	58
Claudia Cavada Díaz	60
Karla Reyes Medina	61
María Gema Devia Toro	62
Mary	64
Verónica Cáceres Gómez	66
Karina Fuentes Salinas	67
Víctor Huenchunao	68
Roxana Monsalve González	70
Roberto Vasquez	71

ME SOLTÉ EL CABELLO Y ME VESTÍ DE PROFE

Y de repente me avisaron que no tendríamos clases el día lunes. Recién llevábamos dos semanas del año lectivo 2020. Nueva jefatura de curso, estudiantes en periodo terminal, un tercero medio. No importa, me dije, les hago clases desde que están en séptimo, ya los conozco. Pero ¿y el Séptimo A? Ellos son “nuevos” y los he visto dos veces apenas. No importa, volveremos pronto, total esto no va a durar tanto.

Dos semanas de creación de material inédito e innovador, llamativo, motivante y lúdico... ¡recórcholis! De veras que este año se eliminaron los textos de estudio en todas las asignaturas ¿Y el plan lector? ¿Qué van a leer? No pueden imprimir 200 páginas ni pueden leer desde la pantalla tanto rato. Chuta, qué hago, qué invento, cómo los entusiasmo, cómo les transmito que todo va a estar bien y que esto va a durar poco.

Suena mi teléfono, es mi amigo el de los números, el de Matemática. Oye, quiero que seas mi conejillo de Indias y probemos esta plataforma que encontré, de video conferencias gratuitas me dice. Ya poh, colega, conectémonos y practiquemos no más, qué le vamos a hacer, de alguna forma tenemos que conectarnos con los chiquillos y las clases hay que hacerlas, aunque sean unas pocas horas en la semana. Si igual tienen que verse las caritas entre ellos y vernos a nosotros, darles confianza, conversar como si estuvieran en la “normalidad” le dije al coleguita, pero en el fondo tenía mis dudas.

¿Vacaciones de invierno en abril? ¿y dos semanas? ¿tá segura, mona? Sí poh, machucá, me dijo mi amiga de English por teléfono, si ya es oficial, lo avisó el Ministro este que no sé cómo se llama, el de los lentes redondos. Ya, filo, igual puede ser, si hay que armar bien el cuento y preparar material para lo que queda, si esto va a ser hasta mayo, seguro que volvemos en junio a lo presencial, te apuesto lo que querái, le dije, si esto no pasa más allá.

Correo institucional masivo, reunión virtual, consejo de profesores, citados por Rectoría, debe ser importante dije. Voy a echarme una manito de gato para no tener cara de enferma, taparme un poco las ojeras y sacarme el pijama un ratito, porque igual nunca me han visto sin maquillaje en el colegio... excepto los de confianza, esos me han visto en mis peores días. En fin, dije, ¡a trabajar que para eso te pagan!

Horario completo, dijo, y como todos estaban con sus cámaras apagadas no pude ver sus caras ni sus reacciones. No era un consejo de profesores de esos que hacemos en la biblioteca y nos sentamos todos juntos y apretados, donde algunos se quedan dormidos y otros anotan hasta los suspiros, de esas reuniones en que conversamos como alumnos y nos interrumpimos con alguna broma que hace reír hasta a los más serios, donde se reciben opiniones divergentes y se toman acuerdos. No, colegas, esto es serio y en serio, y es más que probable que sea por el resto del año, eso si es que este 2020 no se pierde. Sí, señor, horario completo, similar al modo presencial. Quedé helada.

En mis audífonos suena la Gloria Trevi (sí, el carné a la chuña) cantando a todo pulmón “y me solté el cabello, me vestí de reina, me puse tacones, me pinté y era bella”. Y me sentí como la Wonder Woman y me envalentoné y me

dije "Ok, está bien". Antes que todo cambié mi frase de WHATSAPP y cité "y aunque los vientos de la vida soplen fuerte, soy como el junco que se dobla, pero siempre sigue en pie", total los españoles volvieron a ponerla de moda, pensé.

Y me puse en campaña, armé mi estación de trabajo y desempolvé mis pendrives, abrí archivos antiguos de mi computador y descargué material extra. Mis estudiantes necesitan que este confinamiento sea lo más similar a su rutina escolar. Necesitan hablar, conversar, reírse y contar sus anécdotas; por último necesitan escuchar la voz de la profe hablando y contarle que no quieren conectar la cámara porque están acostados y en pijama, porque afuera está lloviendo y hace frío, pero están ahí, conectados, al otro lado de la pantalla... imaginando que están sentados en la sala y mirando el celular para ver cuánto falta para salir a recreo o ir a comprar. Y yo necesito estar con ellos en este proceso, acompañarlos y que ellos me acompañen también, porque no es fácil esta cuestión, fíjate, porque ya perdí la cuenta de los días y los meses, porque ya nos avisaron que se termina el primer semestre y tendremos un descanso más que necesario, porque ya me acostumbré al "buenos días, jóvenes, vamos a dar unos minutos para darle admisión a los que están en la sala de espera", porque ya se acostumbraron a no rayar la pantalla ni a molestarse en el chat, porque saludan y se despiden con el mismo cariño que lo hacían en la sala y en los pasillos, porque te envían stickers de corazones por WHATSAPP cuando les respondes una duda, porque te preguntan qué haremos mañana y si les puedes enviar el material en Word ya que el PDF no puede editarse, porque te dicen "chao profe, que esté bien, cuídese, que tenga un buen fin de semana, nos vemos el lunes".

Profe Eli

Elizabeth Andrea Urzúa Azócar

Profesora de Lengua y Literatura

Colegio Concepción

Concepción, Región del Biobío

LA PANDEMIA ¿QUÉ APRENDIMOS?

*“Te he sobrevivido suficiente
como para recordar desde lejos”.*
Wisława Szymborska

Hoy, a casi cinco meses del inicio del confinamiento, las preguntas son muchas y siguen sumándose día a día. Respuestas, no tantas y la mayoría inciertas o solo posibles. Pero hay algunas certezas, cuestiones que, antes de este encierro forzoso, no hubiésemos considerado. Pasaré a desarrollar cinco que creo son importantes. Habrán otras más, seguro; quien quiera, las podrá citar.

1º Hoy somos más “tecnológicos” que ayer. “ZOOM”, “MEET”, “WEBINAR”, “CLASSROOM”, etc. Más allá de meros anglicismos, estos conceptos pasaron a ser los significantes de una nueva forma de relacionarnos con el mundo. No solo desde lo laboral, también en nuestra interacción con los otros, hoy más que nunca mediatizada por la tecnología. Casi como si fuésemos parte de un relato de Bradbury, nos hemos transformado en actores virtuales, en entes ficticios, en imágenes que semejan la realidad. Las oportunidades frente a esto son muchas, los riesgos tantos o más.

2º Nos necesitamos unos a otros. Sí, aunque no queramos admitirlo y nuestro espíritu de anacoreta se encabrite, el otro, representado en la figura de la familia, los amigos, la pareja, es fundamental. Este claustro obligado nos evidencia que solos no nos salvamos. Y en todo sentido, en lo macro y en lo micro, porque si no hay cooperación entre las naciones, si los individuos no empatizamos los unos con los otros, la salida se verá cada vez más lejana.

3º La plata no es todo. Nunca antes el sistema capitalista se había visto tan contra las cuerdas, al menos no en el período moderno. Hubo crisis, sí, complejos escenarios, pero lo de hoy, no se lo esperaba nadie. Cesantía, carencia, necesidad, todo unido, pero, al mismo tiempo, cooperación, solidaridad, esfuerzo mutuo y desinteresado. Y ahí nuevamente lo que siempre está en entredicho, la individualidad versus lo colectivo. Hoy, claramente lo segundo cobra más fuerza.

4º La vida es un regalo. Jiro Taniguchi, un notable representante del manga japonés, narra en “El caminante” la historia de un hombre que pasea por su pueblo y contempla con asombro y goce los espectáculos más simples: un pez que discurre por el río, una hoja que cae, unos pájaros que cantan en la copa de un árbol. Parece común, ordinario, pero es sublime, porque la vida es sublime. Cuando vemos que las noticias de muerte, dolor y tragedia, copan los medios, el sentimiento de gratitud por respirar, por caminar, por ver a un hijo reír, es enorme. Lástima es que para saberlo/sentirlo, tengamos que remecernos por la hoz de la muerte.

5º La educación rompe fronteras. Esta es una verdad sin contrapeso. La sociedad vio y tuvo que reconocer, sin posibilidad de réplica, la importancia radical de los profesores y su labor. Porque eso de romper fronteras no es solo

en lo literal (que por cierto se da y hoy más que nunca ha quedado demostrado), sino también en lo metafórico, porque se han roto las barreras que separaban a los escépticos de los que reconocían la labor docente. Hoy, nadie podrá decir que los profesores no han estado a la altura de la enorme labor que esta crisis ha demandado. Y hoy, más que nunca, se hace retumbante el eco de los que claman por una educación más igualitaria y que no condene desde la cuna al que tiene menos por sobre el que tiene más.

Este último punto es crucial, porque resume lo necesario y lo trascendente y asesta el cross final a la mandíbula de un sistema ya flácido, embotado y vacilante.

Gustavo Morales Ramírez

Profesor de Lenguaje y Comunicación Andrée English School.

MI EXPERIENCIA en pandemia ha tenido de dulce y de agraz. En primer lugar, estar sometidos a un encierro involuntario creo que es el punto de partida para comenzar con el agraz. Luego la incertidumbre laboral pues no había ni siquiera una novela de ficción que me sugiriera cómo continuar con nuestra labor docente desde el hogar. Gracias a Dios, el sueldo no fue un tema a discutir. A pesar de que nuestros apoderados estaban muy disconformes con nuestra forma de operar el primer mes de pandemia: guías, videos, ppt. Todo enviado a una plataforma y posteriormente devuelto por nuestros estudiantes con tareas contestadas. La verdad, una locura, los días se pasaron solo corrigiendo y retroalimentando de vuelta. Obviamente, la respuesta de nuestros apoderados fue negativa. Cero agradecimientos, solo críticas y amenazas de no pagar la mensualidad. A pesar de que estábamos trabajando el doble, el triple, etc.

Avanzando en los meses (abril ya), hubo un cambio en la modalidad de trabajo. La dirección de nuestro colegio contrató MEET más CLASSROOM y comenzamos nuestras clases online. (Hoy estamos en ZOOM).

Si bien es cierto, el trabajo no terminó, pero la clase vino a reemplazar largas guías con explicaciones y obviamente la retroalimentación, uno a uno, que estábamos haciendo.

En este punto, yo diría que ya estamos en lo dulce, hemos aprendido a manejarnos en plataformas que solo conocíamos de nombre. Y cada día que pasa vamos mejorando nuestro material, nuestra didáctica, etc. Por otra parte, el contacto con nuestros chiquillos de alguna manera nos hace sentir en casa (colegio), es decir, un lugar amigable y querido por nosotros.

Tal vez mi relato esté lejos de las continuas quejas y lamentos (muy justificados por supuesto) del resto de mis colegas. Pero en realidad, le agradezco a Dios por la vida, por el trabajo y por supuesto por ser parte de este hermoso, esforzado y valiente grupo de hombres y mujeres que han logrado reinventarse, más que cualquier otra profesión, y sacar adelante (como siempre) a sus queridos estudiantes.

Carla González

Santiago

UN DÍA MÁS

Suena el despertador, más tarde de lo acostumbrado, más tarde, ya que no tengo que enfrentarme a los tacos, peleas en el estacionamiento, dejar al enano en el colegio, llegar al trabajo a tiempo. Suena el despertador, y empieza un nuevo día de cuarentena.

Abrir el enlace, esperar a los alumnos, añorar que todos, ojalá todos tengan su cámara prendida. Pensar que todavía, aunque han pasado varios meses, no he visto ninguna vez a varios de ellos, si me los cruzara en el pasillo del colegio, no tendría la menor idea que estuve haciéndole clases todo un año y solo retuve su nombre y apellido.

Saludar, poner la mejor cara, voz dulce y armoniosa. Tirar alguna talla, que pocos entienden, tratar de hacer atractivo el material, hacerlos participar, ayudar a contenerlos, preguntar por sus casas, familias, cómo se sienten, etc. Conocer la realidad de varios de ellos, que en esta pandemia han perdido a sus abuelos y han debido llorar en silencio y a solas. Avanzar con la clase como si esta situación fuera normal, pero es una suerte de pacto tácito con mis alumnos: todos queremos volver a la sala, conversar de la vida, reírnos, pedirles silencio y concentración. No quiero más micrófonos en silencio, no quiero más cámaras apagadas. Echo de menos a estos brutos que llegan del recreo con la gota de transpiración transformada en barro, echo de menos a estas mujeres en desarrollo que cuestionan y me miran de arriba abajo cuando llego con algo diferente.

“¡Mamá! ¡Se me cayó Internet!” Mierda, a mí también, cómo hacerlo para que vuelva lo más rápido posible. Escribir en el post-it de pendientes “llamar compañía Internet”, y como el resto del día funciona bien, dejarlo como prioridad 87. Entre clase y clase, revisar el material que se subirá a la plataforma, responder mail de asesores pedagógicos, profesores, alumnos, leer el WHATSAPP del curso del enano e indignarme por el clientelismo y la poca empatía hacia nosotros: estar en ambas veredas abre más los ojos, trato de calmarlos y explicarles que probablemente la profesora estaba tratando de, confiando en, esperando que... lo que sea, pero que dejen de joderla si (supongo/ espero/ creo) está, al igual que la mayoría de nosotros, esforzándose por hacerlo lo mejor posible, descolocada, ignorante e “improvisante”, como la mayoría de nosotros.

Saludo a mi familia, mis hermanas y mamá, quien está sola en esta cuarentena. Angustiarme por su soledad, tratar de hacerle un poco de show a través de una videollamada que, si bien calma un poco su sentimiento, no elimina (para ninguna de las dos) las ansias de compañía. Una videollamada como espacio de encuentro... es lo mismo que ponerle un parche curita a quien está sufriendo una hemorragia.

Nueva clase, trabajo en parejas, creación de un afiche para evitar los estereotipos y discriminación. Me llega uno promoviendo el reciclaje: cómo hago con un niño que no he visto en todo el año, cuya cara ignoro, que nunca ha preguntado en clases, que cuando trato de que participe “justo” se le cae internet. Cómo hago para que aprenda, cómo hago para que se sienta cómodo y pregunte, por lo menos, las instrucciones. Cómo hago para que este tipo de enseñanza le deje algo... nuevas impotencias, nuevas dudas, nuevos cuestionamientos.

Desayuno, almuerzo, comida, un círculo constante que marca los momentos del día. Se cierra el computador, vuelvo a ser mamá y esposa, tengo los ojos cuadrados, me duele la cabeza, las sillas del comedor ya están aplastadas (prioridad 104 para cuando termine la cuarentena). Me sorprende con la elasticidad del espacio: sala de clases y reuniones, comedor- bar- restaurant, salón de baile, cancha de golf, sala de juegos, cancha de volleyball (con globos), gimnasio, biblioteca, de todo...

Y así, un día tras otro, las noticias ya no son noticias; las juntas por ZOOM se distancian, ya no quiero más pantalla; hay días buenos, hay días malos, hay días en que lloro por estar en mi playa querida, días que me río y sorprendo con la creatividad del ser humano: adiestramiento de perros vía ZOOM, talleres de educación de emociones, masajes online, entre otros.

Termina el día, con nuevas dudas, risas y cuestionamientos, con diferentes conversaciones familiares, con búsquedas de cosas por hacer, cocinar, tejer, leer, maneras para hacer más llevadero y continuar con la armonía familiar en este encierro que ya se hace demasiado largo.

Suena el despertador más tarde de lo acostumbrado. Me levanto y vuelve todo a empezar.

Carolina Prat M.

Profesora de Lenguaje

Santiago

¿CÓMO HE vivido la pandemia? Me pregunto mientras escribo y la verdad, creo que es una pausa en el vivir, una espera a veces agónica de recuperar todo aquello que alguna vez quisimos evitar, dejar atrás, rechazar: visitas a la familia, ir a trabajar, respirar profundo, caminar largas cuerdas, reunirse con los amigos. Pero ¿Cómo profe? Uuufff, un vendaval de emociones, que han calado en lo más profundo mi ser.

Primero, he descubierto personas muy valiosas que, constantemente, están preocupadas por mí y mi hija, personas que en una etapa "normal" solía pasar por alto o muchas veces ignorar. Eso me ha conmovido y hecho reflexionar sobre conceptos tan potentes como la amistad y el compañerismo. Ese real ese que verdaderamente te acompaña cuando las cosas van mal, aunque puede que quien se preocupe, esté aún por. También esos eternos amigos que te sorprenden al punto de mandarte ¡sopaipillas! Jajajjaa.

Trabajar en equipo, algo que nos costó tanto lograr, creo que lo hemos conseguido, al menos entre quienes muchas veces remamos de manera tan dispersa, nos entendemos, nos aferramos, avanzamos. Si alguien queda atrás, la otra la empuja, la asiste, la cuida. ¡Qué lindo ha sido descubrir eso y ojalá eso se replicara a nivel general!

Nos han mantenido el sueldo, lo que resulta de clave para que esa angustia que pulula en el aire sea menos invasiva, aunque de a poco el temor por "lo que vendrá" asuela y nos invade como un monstruo, pero ya no somos nosotros lo que nos preocupa, son nuestros hijos, el poder cubrir lo que ellos necesitan. En mi caso vivo con mi hija, y cuento con el apoyo de toda mi red familiar, pero a pesar de eso, el temor recurrente a quedar sin ingresos, va carcomiendo de a poco.

El estrés me abrumba, me enferma, trato de ver salidas y a veces no las encuentro. He buscado alternativas: reactivé mi pyme de frutos secos y endulzo la vida de mis vecinos; hago gimnasia con un tremendo grupo de amigas que no solo nos regala su tiempo sino sus conocimientos: ahí todas somos valiosas y únicas; me he sumergido en las series policiales, mi eterno placer, analizo sus tramas y me adelanto a los hechos, he sacado mi lado detestivesco.

Finalmente los cito a ellos, mis estudiantes, primero, no tener clases fue toda una emoción, sin querer volver decían... hoy todo ha cambiado. Me tocó la jefatura de un curso que yo consideraba difícil, pero con el tiempo han derribado mis miedos internos y se han convertido en un pilar, un apoyo. Una vez que no pude hacer la clase, me llené de mensajes preguntando qué me había pasado, ¿cómo explicarles que a veces el miedo nos consume? A veces termina la clase en línea y nos quedamos conversando mucho rato. Ellos también tienen temores, familiares enfermos...

Eso me provoca tanta pantalla, el miedo terrible a no poder cruzarla, no poder traspasar esa barrera que me aleja de quienes tanto quiero.

Agradezco poder estar con mi hija en esta etapa, sé que no todos pueden tener ese, mi privilegio, finalmente es ella quien, muchas veces me ayuda a volver ponerme de pie. A mi familia... a todos lo que siempre están ahí.

M^a Francisca Sasso Lorca

Profesora de Lenguaje

Santiago Centro

ES UN desafío ser profesor en Chile. Como profesora con 4 años de ejercicio, he vivido experiencias ricas y productivas ejerciendo esta profesión que adoro. Pero también hay experiencias desfavorables durante nuestra labor que permiten que emprendamos múltiples desafíos que, finalmente, nos hace pensar en seguir adelante o rendirme y cuestionarme mi vocación.

Uno de estos grandes desafíos hoy, es intentar mantener la misma experiencia rica y productiva en nuestras aulas virtuales, pero en medio de una pandemia mundial, en donde ningún ser humano puede concentrarse al 100% de sus labores, porque no hay una normalidad y además donde muchos de ellos hoy pasan hambre y frío.

Este desafío de intentar llegar a todos mis alumnos mediante una herramienta virtual frustra, y frustra no solo porque no todos tienen acceso a estas herramientas, sino que además las clases expositivas con un powerpoint no bastan; al menos en el aula podíamos jugar más con nuestro lenguaje corporal y paraverbal, ahora solo la voz cumple una función importante y entonces nacen nuevos desafíos; crear clases entretenidas, llamativas, desafiantes, diferentes. Manejo ciertas herramientas virtuales (nacé en 1986) pero tengo muchos colegas que no se atreven, que sienten que no pueden ni deben hacer clases virtuales. Se sienten frustrados al no poder manejar al 100% las TIC. Sin duda las clases virtuales han sido un desafío, pero el trabajo en casa me ha ayudado a retomar los estudios personales y gracias a ello he podido nutrirme de nuevas experiencias, estrategias y contenidos para mis clases. Sin duda esta pandemia ha permitido que pudiese estudiar más acerca de lo que tú, Regina Varetto, entregas y de forma desinteresada. Te agradezco la oportunidad de poder acceder a tanta información valiosa y poder nutrirme de nuevo conocimiento que me permite difundirlo entre todos mis estudiantes. En fin, la pandemia y las clases virtuales han sido un desafío, pero me han permitido nutrirme más y crecer como docente.

Un abrazo

Geraldine Balcarce

Profesora de Lenguaje

Liceo A-1, Arica.

LIMBO

He vaticinado dos sucesos importantes en mi vida: terremoto 2010, y en febrero del 2020; mirando al cielo, que este no sería un año más. Por supuesto, alguien dirá que esto era un elefante negro visible; elefante, curiosamente, no divisado por los cazadores furtivos. Aterricé en marzo, sin paracaídas. Nuevos “desafíos” pedagógicos, algunos de mi agrado; otros, me desconcertaron. No dije nada, pues estudié toda la Enseñanza Básica y Media en el Liceo donde trabajo, desde que egresé de la UBB, este ha sido mi “hogar”, o eso he querido creer.

Iniciaba la primera semana de clases oficiales, y no comprendía mis funciones: clases de Lengua y Literatura, electivo 3° medio Argumentación y Participación en Democracia, Religión Católica y apoyo al Departamento de Orientación y Equipo de Convivencia Escolar. Una certeza, me convertía en fantasma, mi identidad laboral se escabullía en medio de una pequeña sala de profesores.

Segunda semana, y se anuncian los primeros casos confirmados de coronavirus, no hay preocupación: “lejanía”, “invento para frenar el estallido social”, “represión”, “Salfate”, risas, risas, risas... siempre hemos funcionado así. Entre todo esto, el comentario gracioso de las recientes vacaciones, dos profesores visitaron Brasil, más risas. Luego de unos días, uno de ellos comienza a manifestar síntomas de resfrío. Le recomiendan ir al consultorio (institución que se encuentra literalmente pegada al Liceo), recreo, risas, no regresa. Por la tarde, el anuncio de suspensión de clases presenciales y brote de Covid en Chillán, (golpe de nostalgia al escribir, pues ya son cuatro meses sin ver sus calles). Hay noticias del profesor, tiene que esperar el resultado del examen, advierte que un procedimiento doloroso. ¡No imaginábamos qué tan tormentoso sería todo esto! (Dio negativo).

Comenzó la modalidad online en un establecimiento sin recursos: estudiantes en un 90% en “situación de vulnerabilidad”, o sea, “pobreza”, hasta entonces, invisibles para las autoridades. Profesores: desconcertados, ilusionados al inicio, abatidos, reinventados, vilipendiados. Lo peor no tarda en llegar: estudiantes pierden a familiares; funcionarios, también. Yo, en el limbo. Vivo con mi madre, quien ha sobrevivido de un cáncer (¡qué fuerte sensación escribir por primera vez esas líneas!), soltera y sin hijos (esta condición es extraña para los demás), mi corazón ocupado por un “pololo” a distancia.

Se organiza el Liceo, a paso lento, pues transcurre el tiempo a cámara lenta, en blanco y negro. De repente, Hitchcock, con sus pájaros negros en plenitud: vacaciones estresantes de invierno en abril, cajas de mercadería insuficientes, entrega de material a cargo del Inspector General, apoderados que exigen, docentes flojos, flojos, flojos... la responsabilidad recae por completo en la educación o la falta de ella. Continúo en el limbo. Envío de información en la nueva plataforma: guías, lecturas, oraciones, tareas motivacionales, nuevo enfoque emocional, demasiadas reuniones vacías, dicen que vamos bien, pero no sé por qué no creo. Agradezco tener pan, trabajo, madre, un medio amor y amistad; esto ha florecido en medio de todo esto, ya no deseo pronunciar “aquel nombre” porque el lenguaje crea realidades.

Estoy cansada, busco alivio en los libros, me sumerjo en la historia de "Mapocho", es que las clases virtuales y la pobreza no se llevan bien. Escucho: "deberían volver", "profesores en y a terreno", "profesores", "profesores", "profesores"...

Yo, sigo en el limbo.

Gretel Hanzel

Docente de algún Liceo de Ñuble.

EDUCAR EN CUARENTENA

Mi nombre es Manuel. Soy profesor de Lenguaje, en un colegio particular pagado, en la ciudad de Antofagasta. En agosto (16) cumpla 41 años ejerciendo docencia, enseñando Lenguaje y formando niños y jóvenes.

Se entenderá, entonces, que el cambio, de la sala de clases al espacio virtual, ha sido un cambio radical, casi. Mi historia es larga y diversa. Mis recursos pedagógicos han sido: la pizarra negra (después verde); el hectógrafo; el mimeógrafo; el papelógrafo; el retroproyector; el proyector de diapositivas; la pizarra interactiva; hasta que llegó la tecnología digital, para aventurarme con el Power Point, el Word, el Excel.

A partir de marzo de este año, tuve que aprender en pocos días, y sucesivamente, a manejar el CLASSROOM, el MEET y ahora el ZOOM.

Afortunadamente, en mi vida de docente he asumido los cambios como un desafío y una oportunidad. Y aquí estoy, entregando mis saberes y mis experiencias a través de la distancia.

El colegio en el que me desempeño se ha organizado bien y hemos salido adelante. Tenemos un horario de clases bien definido; evaluamos el proceso mediante los *ticket* de salida y pruebas y trabajos diversos. De tal forma que se podría decir que la única diferencia entre la forma "tradicional" de hacer clases con la online, es la pantalla que nos une y nos separa, a docentes y estudiantes. Tremenda diferencia eso sí.

No he sido perjudicado en lo contractual, porque la institución ha seguido funcionando, con alguna merma en la matrícula... pero seguimos.

También tengo algunas horas de docencia en la UCN.

He sabido llevar adelante este proceso, recurriendo al espíritu de esperanza y flexibilidad que nos caracteriza a los maestros. Ello ha permitido el esfuerzo por inclinar la balanza hacia lo positivo en el quehacer cotidiano. En vez de preocuparme de sentir que expongo la intimidad del hogar, valoro la oportunidad de permanecer más tiempo en casa con mi compañera. Paso mucho tiempo sentado frente a la pantalla; no obstante, dedico más tiempo también a disfrutar de mis hobbies: lectura, cine, series, descanso.

Añoro ver a mis estudiantes en el espacio real y cercanos; sin embargo, abrigo la esperanza de verlos pronto superando este tiempo aciago. No me siento estresado; a veces me canso por tanto tiempo sentado frente al pc, pero pienso que nada es perfecto. Además, me consuela el no tener que levantarme muy temprano para salir a luchar contra el tráfico de la ciudad.

En síntesis, he tratado de sobrellevar estos tiempos "raros", haciendo un buen trabajo; algo más creativo; y, en lo fundamental, vivir amando más aquello que siempre he amado.

Manuel Sánchez Tapia

Profesor de Estado en Castellano U. de Chile Sede Arica.

Máster en Educación Mención Didáctica del Lenguaje UAB

Antofagasta

CRISIS DENTRO DE LA CRISIS

Antes de la pandemia ya estaba viviendo mi propia crisis, ya había comenzado a notar un severo trastorno de mis horas de sueño, así como emociones bastante oscuras. A fines de febrero eso se acompañaba con unos cólicos que me paraban los pelos y me obligaban a ir a encerrarme a ese espacio íntimo en los momentos menos indicados.

Cuando nos suspendieron las clases por un par de semanas y todos se miraban con incertidumbre, algo me decía por dentro que no volvería a verlos a todos reunidos en esa sala, al menos por un largo tiempo. Lo que era motivo de incertidumbre para la mayoría, a mí me daba una tranquilidad enorme: no tenía ganas de estar en el colegio.

Los primeros días fueron como una extensión de las vacaciones recién terminadas, sin embargo, pronto la rutina pareció cobrar otro sabor: no podía salir a destajo. ¡Qué irónico! ¡Como si saliera tanto! Pero sí, sentí limitadas mis posibilidades de pasearme, aletargada, por los pasillos del supermercado, mientras planeaba en mi mente cómo organizar la distribución de los puestos de mis nuevos estudiantes, o cómo buscar una nueva estrategia para evitar el uso del teléfono en la sala.

Cuando los días siguieron su monotonía silenciosa, asumí que había tenido razón desde el principio, que la sala de clases a la que le había pegado afiches de bienvenida y había preparado con esmero, ahora daba paso a una nube virtual. Me produjo una ansiedad enorme pensar en ello; en realidad no, intensificó en lo más profundo aquella ansiedad y tensión que ya cargaba sobre mí. Los cólicos se hicieron más intensos, el baño era mi espacio personal, ya no quedaban ganas de salir, las ojeras se hicieron más evidentes, mi guata comenzó a ceder y las costillas se anunciaban presumidas, cual adolescente rebosante de hormonas. Me miraba al espejo y no me reconocía: había bajado más de 12 kilos en tres semanas.

La que había sido yo ya no lo era; mi espalda hombros y cuellos apretados, con un dolor que los contraía desde lo profundo de mi pecho donde estaba enraizada mi angustia, me recordaban a cada instante que debía buscar ayuda. Pero no tenía ni la fuerza ni las ganas de abrir la boca y pedirla. Por eso, esa noche mientras tomábamos el té de antes de dormir y mientras intentaba no ahogarme por el aire que sentía que faltaba, le dije a mi hijo: "no puedo más, necesito que me lleven a urgencias".

El camino y la espera fueron eternas, aunque para el reloj sólo transcurrió media. Encima de la camilla del consultorio estaba consciente, pero aterrada, no sentía mi cuerpo y creía que la vida se me iba poco a poco.

Hace poco más dos meses de aquello y he recuperado un poco la cordura. La paroxetina y la zoplicona han hecho su trabajo, mientras yo sigo con el mío, de lunes a lunes, con mis estudiantes del liceo, con sus familias, con mi familia, con mis colegas, con mis vecinos, con mis mascotas y esas múltiples realidades que convergen en la rutina de un docente en cuarentena.

María Andrea Reyes García

Profesora de Estado en Castellano y Comunicación

Licenciada en Educación

Curarrehue, Región de la Araucanía

LA PROFESORA

La profesora tiene que revisar ensayos PTU, retroalimentar guías y escribir el informe SEP para la próxima semana. Confecciona material de apoyo, mientras fuma su tercera cajetilla de cigarros acostumbrada. Se fija una vez más en la bandeja de gmail, preocupada al mismo tiempo de aprender las macrorreglas. No quiere pillarse haciendo su propia tarea, de nuevo. Está angustiada pensando en que ella no puede, aunque en el fondo sabe que sí.

Un tiempo antes, solamente debía levantarse para llegar temprano a la escuela. Simplemente hacer un par de libretas. Pero la profesora inconsciente y maga, deja siempre que la vida corra su propio curso y se sostenga por sí misma. Sin nadie y sin la profesora. Ha decidido de pronto convertirse en sombra. Ser invisible, estar y no estar.

Y no mi estimada profesora, ¡no se puede!, pero a nadie debería de importarle tanto eso. Quién sería capaz de juzgarte con la misma crudeza que tienes para señalarte a ti misma, con vergüenza y a veces también con odio. No te tomes las molestias, mi niña. Nosotros ya lo sabemos y entendemos *“qué más da”*. Si solo eres irremediamente querida mía: La Profesora.

Nadia Maldonado

Arica

COMENZAMOS CON el teletrabajo desde la tercera semana de marzo. Partimos con guías, seguimos con cápsulas grabadas para finalmente adoptar el ya famoso "MEET". En mi caso, soy profesora de Lenguaje, por ende, tengo muchas horas frente a curso, sin embargo, el Colegio evaluó las condiciones de contexto y asumió que era imposible replicar el horario escolar en su "normalidad". De esta manera se articuló un horario provisorio que se ha ido nutriendo, armando o desarmando en relación a las demandas del Colegio y de las estudiantes. Ha sido desafiante, agotador, gratificante. No hay miradas, no hay diálogos, no te puedes pasear por la sala, no puedes abrazar. Por otra parte, me he tenido que reinventar, repensar, re planificar, autoevaluar mis prácticas, buscar estrategias, flexibilizar, pero por sobre todo entender que hay días que las estudiantes no se quieren conectar. Hay jornadas más duras que otras, días en que has preparado tu clase y nadie participa, solo veo cámaras apagadas y micrófonos silenciados. Pregunto: "¿Se escucha?" y solo un largo e incómodo silencio de respuesta. Vuelves a preguntar (esta vez con nombre) y solo un triste y largo silencio. Si me preguntan si trabajo más o menos, la respuesta es "mucho más". Comienzo mi jornada a las 8:55, sin embargo, el día ha partido al menos una hora antes, revisando correos pendientes o WHATSAPP con alguna indicación. Luego, vienen tus horas de clases, donde tienes la posibilidad de "ver" a tus estudiantes. Sin duda este es el momento que más me gusta del día. Aquí ocurren infinitas situaciones propias de tu labor ¿Profe, se ve mi mascota?, ¿profe, de dónde viene tu segundo apellido? Profe, no me mandó la invitación, ¿profe le llegó mi trabajo?, "Profe, no puedo editar el documento," "Profe, es con nota", "¿qué pasa si me sale que entregué la tarea con retraso?", "profe, se puede quedar un ratito más después de la sesión"?, "Profe, disculpe me siento mal, no sé qué me pasa". Por la tarde, reviso, hago evaluaciones (no es lo mismo evaluar que calificar), retroalimentación, les pido que corrijan, hay reuniones de equipo y uno que otro correo donde te piden una tutoría o reunión personal. Pienso en que estoy fuera de mi horario, pienso en que me habría pasado a mí siendo estudiante y viviendo esta situación. Las motivo, hemos hablado de "La casa de Bernarda Alba" y del "Diario de Ana Frank", sin embargo, hay días que soy yo la que necesito contención. En mi colegio se ha respetado mucho el criterio del profesor y sé que soy afortunada en esto. Lo administrativo ha pasado a un tercer lugar, confían en nosotros, (esto es lo que yo percibo). Estoy cansada, pues mientras busco qué aplicación, o cómo voy a insertar un vídeo, debo velar por quienes estamos en la casa: aseo, almuerzo. Estoy cansada, el computador lo apago después de las 12 de la noche. Estoy cansada, pero esperanzada **con los restos de cuarentena.**

Natalia Figueroa Jamasmie

Licenciada en Educación, Profesora de Castellano. U.C.S.H.

Magíster en Educación Mención Gestión y Administración U. Mayor

Magíster en Literatura Latinoamericana y Chilena Usach

NO MORIR EN EL INTENTO... ES LA CONSIGNA

Ya van más de 100 días de decretada la cuarentena. Declarado estado de catástrofe o toque de queda, militares en las calles, tratando de supervisar que se cumpla el mandato a partir de las 22:00 hrs. ¡Muchas reglas!

Sí, 100 días ya... de esta "quietud" impuesta por un virus que para nada es "buen amigo". La premisa es cuidarse, utilizar mascarilla, lavarse las manos, desinfección total; pero la "infoxicación" (información válida o Fakesnews) puede enfermarnos más, manejando nuestra conciencia, pues la web 2.0 hace de las suyas, entregando información más o menos creíble en la que todos y ninguno opina desde su red social ya sea FACEBOOK, INSTAGRAM, WHATSAPP. En fin, todos nos bombardean con noticias del Covid 19.

¡¡¡QUÉDATE EN CASA!!! ES LA CONSIGNA.

¿Qué ha significado, para mí, este periodo de confinamiento? Solo les digo que Soy profesora, y después del 16 de marzo ya no es lo mismo la pedagogía, podría decir que es una "pegajodía". Sí, en eso se ha convertido mi trabajo, en un tiempo interminable. Ha sido cansador, agobiante, estresante no por no salir, no por el encierro, sino por todo lo que significa estar en constante actividad que es de nunca acabar. Los correos, los WHATSAPP, la plataforma con mensajes... y más.

Con esta situación a lo que más me negaba se cumplió, en mi cabeza no cabía la posibilidad de hacer clases online, me aterraba la idea de ocupar la cámara, de verme, que me vieran, de exponerme. Lo hice, en contra de todo mi sentir, "invité" a mis estudiantes a mi casa (sin querer) y de pasada a mis apoderados a través de mis clases virtuales, hasta el equipo directivo de mi colegio, es más, todos... cuestión a la que me negaba rotundamente. Sin embargo, acá estoy, en una lucha interna en la que no me imaginé que llegaría: de clases presenciales, de ver a mis estudiantes, de tener la oportunidad de dialogar con ellos, apreciar sus gestos, manifestarnos diferentes muestras de afecto como un abrazo, darles la mano; pasé a estar sentada frente a un computador, preguntando cada 5 minutos: ¿se ve?, ¿se escucha?, ¿están ahí? Y de pronto se abre una luz de esperanza cuando un solidario estudiante abre su micrófono diciendo: ¡SI PROFE SE ESCUCHA! Wow sí... están ahí. ¡Logro desbloqueado!

Lo anterior es solo la clase, a ello debo sumar todo lo que viene de agregado, tal como cada grano de arroz por separado en un plato. Me refiero a la preparación de clases: ¿un ppt (no soy tan hábil en otra herramienta), un video, una guía? Debo pensar en cada uno de los grupos que tengo. Por fin me decido: un ppt, ahora a seleccionar el objetivo, las actividades, ah el contenido, las imágenes (el momento de mayor tiempo, seleccionando las que mejor se adaptan a mis contenidos) sin ser tan llamativas o recargar de colores para no distraer a los estudiantes, debo pensar en todo ello y cuando ya está todo listo espero el día de mi clase (sin dejar de mencionar que estoy revisando guías, trabajos y demases). Llegado el momento de mi exposición, mi clase, en ese instante, se apodera de mí una incertidumbre enorme, nunca imaginé estar tan expuesta, tan endeble, con tanto susto, realizando mi trabajo que tanto me agrada, un temor de si los estudiantes entrarán o no a la clase o si el link funcionará, o que la red no se caiga. Yo sin conocimientos acabados de uso de la plataforma GOOGLE MEET, con suerte generar el link para que mis estudiantes puedan entrar. Otro desafío más, aprender a utilizar MEET, sin entrar en pánico, sin morir en el intento...

aprendo (con ellos) a compartir pantalla, a visualizar videos... ya no soy un desastre, lo he logrado. ¡Uff qué tarea más complicada!.. ¡Terminé! No, lamento decir que no, la jornada aún no acaba, llegó el momento de reunión de profesores, en que después de todo el estrés del día, y revisión y corrección y la retroalimentación, aparte de darnos ánimo, nos solicitan informes, evaluaciones formativas, recuerdan el decreto 67, que cuide la ortografía, que evite errores, y un infinito etc. ¡¡ ¡cuándo terminará esto!!!

Sigo mis días, (que por cierto es cuarentena) no más relajada, sino más estresada, pensando si estoy o no haciendo las cosas bien, nunca es suficiente, trabajar sobre la marcha, ahora soy profemamá, entre que hago clases, superviso las tareas de mis hijos, mis deberes de la casa y todo desde mi hogar, no hay espacio para cambiar de escenario, ya no sé si soy mamá, esposa, profesora, dueña de casa o qué, completamente perdida. Este es mi descargo. ¿Tiempo de reflexión? Más que de reflexión creo que se ha apoderado de mi la queja, hay ocasiones en que me desanimo, me cuesta ver lo positivo de esta situación, pero nuevamente soy presa de las redes sociales y veo la brillante e inspiradora historia de algún quijote profesor o profesora que me insta, nuevamente a seguir con mis ideales, ganarle a esta situación, pensar que la quimera se puede alcanzar, que pensar en positivo no está prohibido, sin embargo la televisión hace de las suyas en todo su esplendor, se encarga solo de mostrar números y más números de fallecidos, de contagiados.

A partir de lo anterior pienso en mis niños, en mis clases y aprovecho la información de los medios de comunicación y digo triunfante: ¡Esta es la mía! Llevar la contingencia a mis clases. Lo hago pensando que está súper bien y comienzo mi clase con 2º medio. Les muestro un video de los inmigrantes desde México a EEUU quienes buscan una mejor calidad de vida y de algún modo esquivar el tan peligroso virus. Estoy en mi explicación cuando se abre un micrófono y un estudiante me dice: *“profe, ya no más del coronavirus, estoy chato de eso, en la tele pasan puro hablando de covid 19”*. Oh hice clic, pensé mi clase no tiene que ser de la contingencia, están cansados de ello, ya es un abuso, tengo que trabajar con algo que los distraiga, que los saque de esta realidad, ¿entonces? Reformular mi clase. Esta vez no hubo logro desbloqueado.

Mis estudiantes un faro que me guían, mis hijos que me ayudan con los deberes de la casa, cumpliendo tan bien con sus quehaceres del colegio y yo con culpa, porque, estando en el mismo lugar no es posible supervisarlos, solo de vez en cuando llamarles la atención, tenerlos mudos y advertidos de que no hablen fuerte porque la mamá está trabajando. Ellos, mis hijos son mis héroes quienes han sabido llevar este encierro estoicos. Uff qué difícil ser profemamá. A todo el estrés, la culpa el cuestionamiento de si mis alumnos están aprendiendo o no, se suma la disconformidad de los apoderados (en general, nivel país) quienes no contentos con nuestro trabajo lo subestiman, lo minimizan y algunos hasta lo ignoran. Realizan sus descargos, no se conforman con lo que hacemos, se encargan de decir que los profesores no hacemos nada, que solo enviamos guías con las cuales sus hijos se estresan, que no aprenden, que las clases remotas no sirven, que mejor es perder el año; esta incertidumbre de los cuartos medios y un sinnúmero de protestas. Claro nos exigen respuestas que ni siquiera las autoridades tienen.

Me decepciona, me entristece cada vez que hacen comentarios de la educación, de los profesores, de los colegios, las exigencias son muchas y el cansancio y el agobio es enorme. La sociedad, las autoridades no entienden que trabajamos en nuestros hogares, tratando de llevar las clases con normalidad (la que no existe), donde el mundo se cae a pedazos y los docentes en un mundo paralelo seguimos haciendo nuestro trabajo porque no se puede perder un año, porque importa un simce, una prueba de ingreso, porque importa la competencia, porque esta la disyuntiva

con los apoderados que no quieren pagar porque no están recibiendo el servicio que le ofreció el colegio de su hijo, mientras otros apoderados se sienten agradecidos con los maestros porque los visitan, porque les llevan sus materiales a sus casas, acercando a los que no tienen conexión. Las dos caras de la moneda. En fin... los docentes, así como los funcionarios de la salud hoy más que nunca somos los que enfrentamos esta pandemia en la primera línea.

Para finalizar puedo decir que como aprendizaje de todo esto ya no soy una analfabeta digital, que me he esforzado por aprender de las tecnologías, a utilizarlas, a ser paciente, (debo decir también que me gustaría ser más creativa), que mis alumnos aunque invisibles, detrás de una pantalla negra, siempre estará el solidario que contesta para que sepamos que están allí. Pero no todo es color de rosa, debo admitir que todos mis logros y satisfacción de profesora virtual se vienen abajo al final de mes cuando veo que he tenido que aumentar el plan de internet, la cuenta de luz, audífonos de calidad... acomodar espacios... lo que más deseo es **NO MORIR EN EL INTENTO...**

Nora Carrasco

La Serena

ESTA PANDEMIA ha significado, en cuanto a nuestra profesión, alejarnos de lo más rico de ser profes. En mi humilde opinión, lamentablemente estamos recibiendo todo lo malo, y aquellos pequeños instantes de luz en donde los alumnos participan en las videoclases o te dicen "gracias", se vuelven importantísimos.

El trato y contacto humano se han tornado aún más significativos, porque en general está poco visibilizado en el contacto online. Las entrevistas personales por llamada, los consejos de cursos, las risas con los estudiantes, hoy pueden cambiar el día de alguien, cuando antes los dábamos por sentado.

Los grupos de colegas, su humor y complicidad de han fortalecido, y si bien antes éramos un grupo poco relacionado, hoy nos sentimos más cercanos que cuando trabajábamos de manera presencial.

En la parte administrativa, hemos estado desde abril con la permanente amenaza de la rebaja salarial. En ese mes, nosotros recibíamos un bono que se solicitó ceder de manera voluntaria, y una advertencia de que nos aprontáramos a una inminente disminución. Bueno, ese momento llegó, y la propuesta de rebaja por parte del colegio es: disminuir 20% de nuestro sueldo por un año (hasta julio 2021) y perder todas las gratificaciones (3 al año, correspondientes a un decimotercero o decimicuarta sueldo, según contrato). No se asegura que los porcentajes y gratificaciones perdidas se puedan recuperar y han insistido en que lo hagamos de buena fe, negando el estudio de documentos legales que acrediten el hoyo financiero de la empresa que debemos cubrir los profes con nuestro sueldo. Además, no firmarán un compromiso de restitución de lo perdido. Por supuesto, la mensualidad que los apoderados deben pagar, no ha disminuido.

La situación de salud mental también se ha visto alterada, sin duda. Junto con la incertidumbre, conviven la angustia y la falta del tiempo para nuestros hijos y pareja. Cuando eres cuidadora de menores de 7 años o adultos mayores, la carga se vuelve casi insostenible. Despiertas y te duermes (si es que duermes) con estrés, pensando en lo que no alcanzaste hacer y cuán botado dejaste a tus hijos por estar conectado a las pantallas, prácticamente 18 hrs continuas. Su educación no ha podido avanzar porque no puedo estar ahí para ayudar. Por su corta edad, no se habían enfrentado a un computador en la vida y hoy debe intentar hacerlo sola y como pueda, justo en el nivel en que debe empezar a leer y escribir, que es fundamental.

Además, debemos contener en nuestras jefaturas, los reclamos, las dudas y hacer seguimientos y burocracias que nos quitan tiempo preciado. Muchos no contestan y no quieren hacerlo (padres y estudiantes). Sus excusas no siempre son reales, aunque vaya que las hay en cuanto a salud mental.

En definitiva, se ha tratado de una época con un cariz predominantemente negativo, en donde nuestro entorno se ha vuelto en nuestra contra por la necesidad de mantener nuestros puestos laborales a como dé lugar, intentando congeniar eso junto a la vida doméstica y familiar.

Paula Lambert M.

Santiago

LA PANDEMIA y el teletrabajo han sido un gran desafío. Yo, además de profesora, tengo un cargo directivo en el colegio, lo que ha presentado un desafío aún más grande pues tuvimos que crear un sistema de teletrabajo de la noche a la mañana. En un comienzo fue todo tan rápido que no me dio tiempo de pensar o reflexionar. Me sentí como un bombero en medio de un gran incendio. Había mucho de adrenalina porque mi creatividad y la de todo mi equipo, estaba puesta a prueba, y superamos esa prueba. El costo fue altísimo. No dormir, no poder poner atención a mi familia, tener que lidiar con apoderados enfurecidos, injustos y hasta en ocasiones faltos de respetos, que cuestionaban todo lo que estábamos haciendo, utilizando argumentos económicos, del servicio por el que estaban pagando. Esa etapa fue la más dura, se descubrieron las caretas de muchas personas; también descubrimos a las personas con las que realmente contábamos. Los profesores se portaron increíble. Creo que son los mayores héroes de toda esta situación. Tuvieron que aprender a hacer clases de una manera radicalmente distintas, de la noche a la mañana, y lo hicieron increíble. Pero nuevamente los costos han sido tremendos. Infinitas horas de trabajo, estar todo el día disponibles para sus alumnos y los apoderados, hacer videos cuando nunca antes lo había hecho, lidiar con el pudor, el analfabetismo tecnológico, el tener que hacerse cargo de su trabajo, su familia, las tareas del hogar, todo de manera simultánea. A eso se le suma el que las familias seguían cuestionando y criticando constantemente lo que les estábamos ofreciendo.

Ha tenido momentos muy difíciles, muy tristes y otros bellísimos. Los estudiantes están tan agradecidos, se les ve en sus caritas en las clases por video. En los mensajes que nos dejan en los CLASSROOM, en las ganas que tienen de contarnos todo lo que están viviendo. Creo que esta época ha generado un vínculo mucho más fuerte entre los docentes y sus alumnos; al menos entre aquellos que han podido conectarse, porque también está ese otro lado de la moneda. Saber que nosotros, por ser educación privada, tenemos alumnos que, en su mayoría, pueden conectarse, tienen los medios, pero sabemos que esa no es la realidad del país. Eso también es doloroso y difícil. Siento que esta pandemia nos vuelve a mostrar lo infinitamente injusta que es nuestra sociedad.

Hacer clases en línea ha sido muy complejo. Primero porque se pierde el contacto con los estudiantes, tener que pedirles que apaguen su micrófono porque si no se escuchan los ruidos de sus casas, corta totalmente la flexibilidad de la comunicación. No poder verles las caras porque muchos apagan pudorosamente su cámara, nos obliga a hacerles clases a una pantalla vacía. No sabemos si están enganchados o no con lo que estamos haciendo. Ni siquiera sabemos si están ahí tras esa pantalla con su nombre. Hay días en que es así. Hay otros en que es fantástico. Yo tengo la suerte de dictar un electivo, tengo solo ocho estudiantes y son lo máximo. Cambiamos nuestro programa para trabajar con textos relacionados con la actualidad. Artículos de diarios, algunos textos publicados recientemente y que ellos mismos propusieron. Cuando se sintieron escuchados y vieron que podíamos modificar el plan, cambió la dinámica de la clase. Ahora los veo motivados, llegan con los textos leídos y con mil ideas para discutir. Juntos nos fuimos adecuando a las herramientas tecnológicas y ahora ya tenemos un sistema que nos acomoda y que permite que avancemos más y mejor. Pero la mía es una situación privilegiada.

Creo que la pandemia también le mostró al Ministerio de Educación, los graves problemas que había en los planes y programas, la cantidad infinita de contenidos que se volvían inabarcables. Ahora la priorización nos permite, por fin, poder trabajar en profundidad. Nos permite de verdad tratar temas sin la presión de tener que correr para llegar a una meta que iba perdiendo sentido en el camino. Espero que una vez que esto termine, si es que termina, las políticas educacionales cambien de verdad y no solo temporalmente. Que se den cuenta que lo que necesitamos es enseñar a pensar, a reflexionar, a analizar. Esas son las herramientas que nuestros niños necesitan, para que se

vuelvan en adultos reflexivos, que sean mejor que nosotros y nuestras autoridades, porque a ellos les va a tocar hacerse cargo de un mundo que está en crisis profunda.

Uno de mis alumnos me decía en clases, “Las cosas no pasan por algo, pasan PARA algo”. Y me pareció tan sensata su perspectiva, tiene tanta importancia esa pequeña preposición, pues nos hace mirar las cosas con otro foco. Esa es la enseñanza más grande que me ha dejado esta pandemia.

La educación necesita ser mirada con otro foco. Nuestra sociedad debe ser mirada con otro foco. La vida debe ser mirada con otro foco.

Soledad Varela

Valdivia

MI CORONAVIRUS

El coronavirus me tiene confinada desde el 16 de marzo cuando suspendieron las clases en todo el país.

Al principio fue desconcertante. Había que contactarse con todos los estudiantes por correo, wasap o teléfono. A veces no resultaba: ¿qué hacer? Luego llegan las vacaciones de invierno: ¿para qué?

De a poco, las situaciones dramáticas fueron aflorando. La pandemia reveló el grado de pobreza de nuestros estudiantes y sus familias. Muchos de ellos se tienen que conseguir computador para realizar sus trabajos, la conexión a internet llega de la mano del teléfono de sus padres una vez que llegan a su casa después del trabajo. La bolsa JUNAEB, que entrega alimentos apenas para unos días, desata disputas a gritos y codazos entre nuestros apoderados.

Luego llegó la enfermedad a sus casas, la cesantía y también la muerte de familiares. Además de problemas emocionales que se quedan en las cuatro paredes del hogar, porque son tan delicados que no son compatibles tratarlos a través de una pantalla.

Aún con todas estas dificultades, muchos estudiantes están dedicados a realizar sus guías, preguntar, conectarse a ZOOM, escribir correos a los profesores. Además, veo a sus padres más involucrados en sus tareas escolares. Así le ganan cada día a este virus que lo ha cambiado todo.

Durante estos meses, la tecnología ha sido la gran protagonista para todos nosotros. Por mi parte, he aprendido a manejarme en ZOOM, MEET, en programas para realizar videos, he explorado todo lo que me ofrece Word y manejo con soltura la plataforma del Liceo. He sorteado cada dificultad tecnológica con la paciente ayuda de mi pareja.

Voy caminando hacia los cuatro meses de encierro y no tengo ánimo de leer novelas ni ver películas, incluso he abandonado mis oraciones. La ficción y la fe salieron de mi cotidianidad y se impuso leer los diarios, ver noticieros y escuchar podcast de política. Además, la preocupación constante por mis padres, ya mayores, en la región del Bio Bio aumenta mi angustia.

Bueno, cada uno tiene su coronavirus.

Todavía queda un largo e incierto camino. Sin embargo, hay que seguir enseñando y aprendiendo a través de la pantalla con una inagotable sensibilidad hacia nuestros estudiantes y sus dificultades.

Ximena Vera Concha.

Instituto Superior de Comercio Eduardo Frei Montalva.

Santiago Centro, 2020

PROTECTOR DE PANTALLA

...Y el monumento que ustedes ven ante ustedes fue esculpido en honor del General Manuel Baquedano por Don Virginio Arias en 1928; durante el Estallido Social del pasado octubre, estuvo a punto de ser derribado por jóvenes manifestantes. Una acción lamentable, dado el gran heroísmo desplegado por este notable soldado al servicio de Chile, por lo que no es difícil preguntarse, ¿cuánto le importa a la juventud chilena su propia historia? Tal como lo dice el libro de... Escuchó algunas risas por el otro lado, vio algunas borrosas caras mohínas y varios círculos de colores con letras parpadeando, al igual que la vez anterior. Ulises Galdames cogió sus anteojos como si fueran los de un relojero, ariscó la aguileña nariz, estrechó sus ojos y se acercó a la pantalla del laptop para poder entender lo que sucedía con sus alumnos al otro lado de la sesión virtual. Profe, dijo de pronto una vocecilla aguda y astuta, ha estado *muteado* todo el rato, nadie lo estaba escuchando. *Muteado, muteado*, la palabra giró unos segundos en su cabeza antes de dar en el casillero correcto: Ah, sí, en silencio, Restrepo, en silencio, dígalo en correcto castellano la próxima vez, ¿quiere? El ícono que mostraba su micrófono en rojo había pasado inadvertido, quizás cuánto tiempo llevaba monologando sin que estos mocosos insolentes le prestaran la menor atención y había hecho de payaso gratuitamente moviendo sus manos de un lado para otro como un espástico. Antes, mucho antes de la peste, en los buenos tiempos, podía dar con total libertad sus cátedras a miríadas de taciturnos y respetuosos alumnos sin que nadie se atreviera a romper el valioso silencio consagrado al estudio, mientras se paseaba solemne por la sala, declamando la materia firme y seguro, tal y como lo hacían los maestros de antes, a quienes admiraba profundamente. Por supuesto que en los últimos años ya era complicado domar a los cada vez más permisivos muchachos, caídas una tras otra las barreras que te garantizaban el respeto, en nombre de huecas teorías a la moda que hablaban de contener, de facilitar, pero nada, nada de entregar el conocimiento de la manera clara, precisa y ordenada, como un faro en la oscuridad, como siempre debió ser.

Todo se había complicado últimamente para Ulises Galdames, y a tan solo un par de años para jubilar. Aunque nunca había sido muy amigo de la tecnología, se consideraba a sí mismo completamente vigente: prefería el viejo pizarrón y tal vez unos papelógrafos, para asombro de sus modernísimos compañeros que hablaban de programas y aplicaciones que él no tenía tiempo ni ganas de recordar. Prefería brindarles a sus estudiantes una experiencia única, que sólo existía para la clase, enhebrándola con una ternura y dedicación casi artesanales, antes de hacerse un lío con esas presentaciones llenas de imágenes en serie o esos videos hechos por mexicanos, que se supone, hablaban en lugar de uno para que los niños descubrieran el conocimiento por sí mismos. Aprender los modismos de esa gente. Es lo único que se lograba. No, eso se negaba a hacerlo de plano. No era un carcamal, ni mucho menos, en todo caso y se las arreglaba bastante bien si hacía falta, no fuera ser que ese flacuchento amargado y sus lentes gigantes que fungía como Jefe de UTP lo obligara para, en sus palabras "dinamizar la experiencia de aula", por Dios qué era eso; en todo caso no faltaba alguna joven profesora de corazón bondadoso, que tuviera la amabilidad de corregirle algunos mamotretos que debía imprimir a modo de guías de trabajo y saltarse así otra amigable charla con aquel grisáceo sujeto en su sórdida oficina atestada de archiveros y anillados llenos de polvo.

Ya había escuchado rumores de pasillos y miradas burlescas de algunos colegas, Don Ulises es de esos que quizás ya no vuelva, decían entre carajadas en sordina, los podía oír. No era raro, en aquel colegio altamente competitivo y prestigioso, los puestos y las prebendas tenían precio de oro. Ya habían tenido "la" charla con el rector. Anticiparse,

¿por qué no, Galdames? Tras toda una vida de trabajo y de esfuerzo. ¿No ha pensado con la pandemia...? Qué descaro esta gente. Obvio, el archiconocido desprestigio del magisterio. Empezaron quitándole horas, somos un colegio pequeño, usted entiende, dándole alumnos problemáticos que desafiaban su paciencia a niveles inéditos, absortos en los celulares que debía quitarles una y otra vez, mudando su horario a horas imposibles, olvidando invitarlo a algún consejo extraordinario de profesores, o, lo más cruel, al cumpleaños de algún colega. Y luego estaba este curso nuevo... un grupo de alumnos del que nunca había tenido noticias. Había sido rearmado por el rector y su escuálido secuaz después que la peste los barriera a todos de las salas de clase y los forzara a pasar horas de horas en sus casas, sentados delante estas indigestas pantallas que solo alienaban a la gente. Este extraño curso, indiferente la mayor parte del tiempo, le había comenzado a gastar algunas bromas desde no hacía mucho. Empezaron haciéndolo apretar una tecla que apagó su laptop instantáneamente, luego llenando la pantalla de imágenes de payasos o algún tipo de maniático semejante en vez de sus caras o cosas por el estilo, chanzas a la que eran tan aficionados. Lo más grave hasta entonces era que, en una oportunidad, lo habían dirigido a un sitio pornográfico cuando les pidió ayuda para encontrar, en medio de la sesión, algunas referencias sobre los Combate de Sangra y de la Concepción. Muy agradecidos. Unos datos que se le habían escapado. Esas cosas le pasan a uno cuando lleva años en este negocio. Que sus alumnos le colaboren Galdames, abra su cátedra a las voces de los niños, le había aconsejado justo el día anterior el delgaducho cegatón de voz aflautada. Presumiendo con su título a distancia en una universidad extranjera con nombre de supermercado. Por suerte, el asunto había quedado ahí. Sintió que se había librado por poco de una de aquellas. El rector había ordenado que todas las clases se grabaran para enviarlas a los cada vez más vociferantes apoderados. Cuando reportó el incidente a su superior, este se limitó a responderle por mail: Bueno, es que están estresados, Galdames, este es el período para contener, contener, ¿me entiende? A ver si es capaz de contener la avalancha de puñetazos que le daría si pudiera, si la artritis en su mano derecha no fuera tan galopante como la inflación de sus cuentas que le impedían desistir, rendirse como un fatigado pero aún útil animal de tiro, como aquel desdichado caballo que bajaban al negro abismo de las minas de carbón en ese cuento de Baldomero Lillo que le gustaba releer de vez en cuando.

Las trastadas de aquellos muchachos eran, sin embargo, ocasionales, la mayoría del tiempo persistían en su gélido mutismo tras la pantalla, refugiados la mayoría de ellos detrás de círculos de colores con iniciales e imágenes difuminadas que ellos atribuían a problemas con su cámara. Todos estaban obligados a encenderlas pero la verdad es que él había renunciado a insistirles a aquellos pertinaces aunque tan lejanos chicos. Era la ilusión de estos aparatos creados para separar a las personas y meterlas de cabeza en paraísos artificiales, sin duda, la que lo hacía pensar que aquel, el único curso que le había sido destinado, en el fondo, poco y nada de atención le daban. Pese a sus esfuerzos, pese a su entusiasmo y energía, no había cómo motivarlos a aprender una sola cosa. La peste cobraba algo más que víctimas, cobraba lo poco y nada que quedaba de interés por el conocimiento, que ya ese demonio destructor de bibliotecas llamado internet venía convirtiendo últimamente en una promiscua bagatela.

Tartamudeó levemente e intentó retomar la clase cuando otra voz parpadeó de una esquina: Oiga profe, se acabó la hora. Galdames miró el cronómetro a la izquierda de la grilla que proyectaba a sus alumnos (o quienes estuvieran detrás de los círculos de colores, ¿cómo saberlo?), comprobó el dato con su propio reloj. Es cierto, niñas y niños, dijo, continuamos el viernes, cuidense. Escuchó de pronto una especie de estática y unas inquietantes voces distorsionadas que barrieron sus auriculares de izquierda a derecha. No le sorprendió. Le había explicado alguien del colegio que esas interferencias son habituales en el programa de videollamadas, fácilmente expuesto a *hackeos* de todo tipo. Algunos infelices incluso invadían clases, decían otros, y las subían a internet para hacer a los profesores más incautos objetos de burla de los miles de ociosos que perdían su tiempo mirando las memeces que otros hacían para así llamar la atención. Otra pandemia que campeaba con la COVID-19, se decía Ulises Galdames, la inerradicable

estupidez humana.

En estas cavilaciones estaba, mientras los círculos con las iniciales de los alumnos desaparecían uno tras otros, ocasionalmente alguno despidiéndose como era debido. La jornada en aulas virtuales daba a su fin. Le quedaban, sin embargo, varias horas más frente a ese molesto aparato, corrigiendo trabajos, (todos pésimos, había que reconocerlo) llenando informes sobre informes, contestando molestos correos de sus jefes, es decir, sus apoderados, revisando los supuestos errores que el carcelero del UTP había encontrado en su planificación, pero decidió ir por un café y hacer una pausa, por lo que optó por apagar el laptop. Podría arrellanarse en el sillón un rato, disfrutar de café de grano de verdad, mientras un vinilo de Bill Evans se derramaría a lo largo de su escritorio y su bien dotada biblioteca, su actual sede de "confinamiento" -palabra de penal sesgo tan en boga hoy en día- en medio de la grata penumbra que, en aquellos fríos días de julio, se hacía presente más temprano que de costumbre.

Las ventanitas comenzaron a desaparecer una tras otra; pronto, el protector de pantalla con la bella fotografía de la ciudad de Estambul al atardecer surgiría ante sus ojos. Una visión mejor que el fondo con la insignia del colegio, del cual, como es natural, ya estaba un poco cansado. Mal que mal la había servido con dedicación por casi treinta años. Catalina había puesto ahí esa fotografía como recordatorio del viaje que ambos emprenderían apenas llegara la hora de abandonar las aulas para siempre, y cobrar tal vez aquel seguro que le habían adjudicado a él en aquel polémico sorteo ofrecido por el directorio del colegio a quienes estaban *ad portas* de la jubilación. Lástima para Catalina, su fiel amiga, que se había retirado un año antes del ofrecimiento y que estaba al corriente de él antes que nadie. El placer culpable de ambos por las teleseries turcas era el pretexto obvio para escaparse a aquella exótica ciudad y disfrutar por un rato, juntos, del cese definitivo del fuego. Adiós a años de sacrificado y tantas veces vano esfuerzo por intentar educar a alumnos cada vez más pendientes de los chismes de sus teléfonos y menos de la realidad. Qué extraño, esa imagen... ¿qué es?, se dijo, apretando los cubos del teclado con más fuerza de lo habitual, Estambul no aparecía, pese a los reiterados *clicks*. En lugar de ello, solo se enfrentaba a él la pantalla negra con una letra E de color blanco al medio.

La imagen permanecía fija e inalterable, con la abstrusa letra al medio. Al costado derecho de la pantalla alguien había arrojado una parrafada de caracteres caóticos. Ofuscado por esta, una de las tantas y continuas pequeñas frustraciones a que la tecnología te exponía diariamente solo para exasperarte, Galdames decidió reiniciar el laptop. La misma pantalla negra con la letra E y el absurdo código a la izquierda se repitieron... con el añadido del ícono del micrófono encendido ¿Se trataba de un alumno que no se había "deslogado", como se decía ahora? Eso solía ocurrir, algún despistado se quedaba dormido y cuando él le informaba que ya todos se habían ido, el círculo de colores desaparecía veloz. Casi maquinalmente Galdames se puso nuevamente los auriculares. La respiración pesada y distorsionada, como si fuera transmitida en onda corta realmente lo inquietó. Hola, ¿es usted uno de los alumnos?, dijo. No obtuvo respuesta, salvo el ominoso vaivén de una respiración nasal. Preguntó nuevamente con idéntico resultado. Oiga, le dijo molesto, al cabo de un rato, su profesor está bastante ocupado para bromas, voy a cerrar la sesión. La amenaza funcionó. La letra E y su negro entorno desaparecieron y el protector de pantalla de Estambul volvió a relumbrar en su crepuscular gloria. El café estaba frío sobre la mesa y el disco de Bill Evans permanecía inmóvil en la tornamesa.

No muchos días después, y una tarde gélida de viernes, cuando Galdames ya se había olvidado del asunto, notó, en medio de una clase sobre el infortunado presidente José Manuel Balmaceda, que entre los círculos con los nombres de los alumnos había aparecido nuevamente aquella letra negra E, bajo la cual un nombre estaba rotulado en extraños caracteres entre cirílicos y griegos. Galdames sabía lo suficiente de las culturas centroeuropeas para notar que ese fárrago que aquel alumno utilizaba para identificarse no decía nada cuerdo. Chistes macabros de mocosos, se dijo. En aquel momento, uno de ellos tomó la palabra y le dijo, profe, ¿se acuerda del alumno de intercambio que

iba a llegar al colegio? Aquí está, saludelo, su tono de voz parecía sibilante, se llama E...

Galdames no era blanco continuo de bromas en la era previa a la peste porque conocía bien a su auditorio y este, su recio carácter, por lo que decidió simplemente seguirles la corriente. Buenas tardes señor, o señorita "E", si apareciera en cámara junto a todos sus compañeros eso sería bastante bonito, ¿verdad niños? Juraría que los escuchó a todos reírse al mismo tiempo, juraría que habían llegado demasiado lejos. En lo que parecía un parpadeo, los círculos de colores dieron paso a las caras mortuorias con apariencia descompuestas de rostros humanos, veinte para ser exactos... con el círculo negro de E, en medio. Qué groseros, exclamó Galdames, la clase se acaba ahora, qué vergüenza para su compañero recién llegado. Basta, hasta la próxima. Con un indignado impulso, hizo desaparecer la ventana de la videollamada. Resopló hacia arriba, buscando la vieja lámpara que parecía la soga de un pequeño ahorcado gordo y dorado y volvió la vista nuevamente hacia la pantalla. Su departamento tenía pésima iluminación y se oscurecía muy rápido. Los veinte rostros desencajados y rotos continuaban observándolo. Y el círculo negro de E estaba en medio de ellos, latiendo como un corazón. Cuántas veces reinició el aparato. Cuántas veces recibió la misma imagen al retornar el programa de inicio. Esas caras destrozadas y sanguinolentas, obvio, la obsesión de estos chicos con los filmes tontos de terror que ya no asustan a nadie, se dijo, nervioso, entonces por qué a él, un hombre racional en la plenitud de sus facultades... Reportaría nuevamente al curso ante el cegatón de UTP, denunciaría la ineptitud del informático del colegio, aquel tenorio que perseguía a las jóvenes practicantes y a las maduras colegas por igual. Tomó su teléfono para llamar a su superior cuando un ruido desde el *laptop* llamó su atención.

E estaba intentando comunicarse con él.

Como un acto reflejo, Galdames volvió a ponerse los audífonos que había arrojado lejos antes. Aquella voz le hizo pensar en un grueso chorro de agua yéndose por el desagüe del lavamanos. La broma estaba tomando otro rumbo. Ahora estaba dejando de serlo. E no parecía ser un extranjero de intercambio porque hablaba un español claro y nítido que se sentía conminatorio, urgente. Podría jurar que cada tanto interrumpía sus espeluznantes palabras con interjecciones que podrían tomarse como risas. La lámpara del escritorio, única iluminación de su casa, se apagó. Solo la luz azul del *laptop* iluminaba la cara desencajada de Galdames. E conocía información íntima suya. Demasiada. Asustado, tecleó caracteres al azar hasta que logró dar con la tecla de escape. E desapareció. En la pantalla volvió a aparecer el protector de pantalla con la ciudad de Estambul, pero la calidad de la imagen se había arruinado, convertida en millares de cuadrados de colores que lo asemejaban a un cuadro puntillista, una imagen *pixelada*, de pésima calidad. De pronto, las interjecciones burlescas de E volvieron y los pequeños cuadrados, uno a uno, comenzaron a agrandarse y desfilar ante sus ojos. Galdames trató de gritar, de cerrar la tapa del infame aparato y salir corriendo. Pero no pudo. La pesadilla siempre se asegura, en primer lugar, de inmovilizar a su víctima.

Como si fuera el carrito de una enloquecida máquina de diapositivas, surgió ante él una lluvia de documentos personales ejecutándose y cerrándose en veloz sucesión, todos lo tenían a él como protagonista. Contratos, primas de seguro, cuentas de luz, agua, gas y teléfono, advertencias de mora bancarias, citaciones a tribunales, todas aparecían con su nombre o bajo su firma, aunque ninguna parecía serle familiar; capturas de pantalla de celulares lo hacían figurar como vergonzoso blanco de las bromas de sus compañeros, e incluso el sujeto de UTP y hasta el mismo rector intervenían con hirientes comentarios. E los comentaba uno por uno, parecía un frenético relator de un partido de fútbol. Las infames imágenes parecían disputar un balón que era la cabeza de Galdames. Otras capturas revelaban las mofas de sus alumnos, que lo convertían en un hazmerreír aún peor. Los niños siempre suelen ser más crueles que los adultos. La risa cantarina y aguda de E lo confirmaba.

Y luego vinieron las fotos, que aparecían una tras otra como personajes de mascarada que se presentan y rápidamente abandonan el escenario: caricaturescas instantáneas que lo retrataban en las poses más ridículas posibles,

en clases, en la calle, el supermercado, el bar, la playa, donde fuera. Galdames comenzó a sudar. Descargas eléctricas se apoderaban de todo su cuerpo. La respiración se le hacía más y más dificultosa. E no paraba de hablar. De reírse. Su médico le había advertido de no exponerse a situaciones que podían derivar en ese paro cardíaco que, sabía, se había llevado a otros miembros de su familia. Y vino entonces el golpe de gracia: De la mano de dos fotografías en blanco y negro: Catalina y un sujeto de aspecto indefinido, juntos, de la mano riéndose a carcajadas mirando la cámara... y la propia fotografía policial del cadáver de Ulises Galdames en la loza de la morgue. El rostro turbado, entumecido. La mueca del espanto. Más allá del grito final.

* * *

Fíjate que fue la Catalina Rojas, ¿te acuerdas? una ex profesora de nuestro colegio, la que nos contó el trágico deceso de Don Ulises. Tenía 62 años el caballero, no le faltaba nada para jubilar. Ella dijo que la causa de la muerte fue por COVID-19, pese a que no fue posible administrarle el examen PCR exigido por las autoridades. Qué terrible, amiga. La Cata era muy amiga del profe, todos sabíamos que el pobre caballero como que andaba detrás de ella, tú me entiendes. Le decía a todo el mundo que se iban a ir juntos a Estambul cuando se jubilaran los dos, para gastarse el premio, ese ¿te acuerdas la escoba que quedó cuando se supo que lo ganó él? Ella le seguía la corriente no más y se reía contándonos cómo ella le decía que era la odalisca de él, su sultán. ¡Así de divertida es ella, pues! Qué fuerte para la Cata en todo caso. Fue la que encontró el cuerpo sin vida del maestro. Claro que es triste, imagínate. No se le conocía familia a Don Ulises, un hombre tan austero y solitario. La propia Cata se encargó de llamar con prontitud a Carabineros, los que dieron parte del hecho, confirmando la versión de ella. ¡Qué pandemia espantosa esta! ¿Cuándo se irá a terminar?

Oye, no me cortes todavía, déjame contarte otra copucha re buena, sí, sobre ella, pues. ¿Tú sabías que la Cata sí tenía un pinche después de todo? Me lo contó no hace mucho, cuando nos encontramos en el súper por casualidad. Dice que es un *churrazo* y bastante más joven que ella. La tiene que haber consolado harto después de lo que le pasó ¿Qué cómo se llama? Ay se me olvida, con tanta cosa que nos piden en este colegio, una apenas re tiene cosas. Era un nombre raro, empezaba, ¿a ver? Con A... con E... Espérate, lo tengo en la punta de la lengua.

Andrés López Umaña

Santiago, 2020, el año de la plaga.

VENTANA ESTELAR

La soledad se abre como una matriz
Entre mi ventana y la distancia
Atraviesa las otras pieles ajenas y extrañas
Todos danzamos en torno al virus
Resilientes, encapuchados o lejanos
Me nutre el pasado de clases encendidas
Encapsulo mi soledad en dosis diarias
Para dormir, para desencantar sábanas
Y todo es un atillo de rutina
Libros, planificaciones, clases online
Rostros de jóvenes opacos
Abstraídos en el encierro y el ansia devorando sus pupilas
Todo es incierto... todo es de nadie
Atravieso el débil cristal de mi lapbook
Sondeo la milésima parte de sus rostros cansados
Ciento quince días sin dar pasos por calles atiborradas
Nos miramos, sonreímos por placebo,
Tocamos la pantalla para creer sentirnos
Afuera la vida juega a recrearse en pasajes solitarios
Apago pantalla
Me devuelve mi reflejo
No mi niñez ni mi adolescencia
Solo un rostro como otros
Embarullado de quehaceres,
Árido, desprovisto ya de historias,
Otro día más desde mi ventana estelar.

Carmen Rosales Vera

Santiago

SOY DE Coquimbo, pero quiso el destino que llegara hasta las gélidas tierras del sur en busca de mi sentido. Vivo actualmente en un pequeño pueblito que queda ubicado en la isla de Tierra del Fuego y que prefiero guardarme el nombre. Tiene características bien especiales esta tierra y, sobre todo, el nacido acá. Me he amoldado bastante bien y me he dedicado a la docencia acá desde el año 1992.

Sobre las características de las personas de acá, prefiero hablar sobre los aspectos positivos ya que para lo otro sobran de esas personas que vociferan defectos de este lugar tan ameno y pacífico.

La Pandemia acá se ha vivido de manera curiosa ya que hemos estado con menos trabajo del que había pensado o tal vez es solo mi apreciación. Por ser una isla, hemos estado un tanto alejados de la contingencia nacional lo que no quiere decir que no nos afecte de igual manera. El tema internet acá es grave y siempre lo ha sido por lo que ya estamos acostumbrados a vivir a ratos con este beneficio y por periodos prolongados sin conexión. Por el tema climático hay ocasiones que quedamos en el absoluto aislamiento y abandono con graves problemas de conectividad ya que se cierra el puerto y el aeropuerto. De esta manera no tenemos más comunicación que por WHATSAPP y teléfono...me refiero al habitante común.

En este panorama, los profesores del único liceo estuvimos enviando guías a una plataforma para que los estudiantes las descarguen, las impriman y las reenvíen a los profesores. Sin embargo, nos encontramos con el problemita que no todos tienen acceso a internet para descargar, ni todos tienen impresora, además hay una población flotante que habita comúnmente en el extenso campo, la pampa magallánica. Para ellos se imprime material y deben ir a buscarlo al liceo en días y horarios ya establecidos.

Algunos colegas se han dado el trabajo de imprimir por su cuenta para ir a dejarlo a los estudiantes y otros han ido a la zona rural a dejar ese material.

En mi caso personal, he enviado guías de aprendizaje, según pautas establecidas por el equipo UTP, desde marzo hasta la fecha en forma semanal, aunque en estos días se nos aconsejó que sea quincenal.

He atendido a través de WHATSAPP todas las consultas de los alumnos, inquietudes, dudas, anécdotas, sus temores, en fin, he tratado de contener sus emociones; en algunos casos, arrebatos, desesperación, deseos de dejar de estudiar o darse un año sabático. Si bien hay un horario para atención de sus dudas no he tenido inconvenientes en atenderlos en los horarios en que han podido comunicarse para retroalimentar o aclarar conceptos.

He hecho voluntariado en el liceo, en el proceso de entregar guías a los alumnos y he podido conversar con ellos y enterarme de sus inquietudes que no distan mucho de las inquietudes a nivel nacional.

Estamos en este momento atravesando una de las peores crisis climáticas de los últimos años alcanzando temperaturas de hasta -9,3 grados y eso también afecta los estados anímicos de los estudiantes.

Como cuerpo de profesores nos mantenemos muy unidos y mantenemos comunicación permanente a través de los medios que poseemos.

El encierro. La falta de comunicación, el aislamiento del continente donde viajamos continuamente , está mermando a los habitantes de este lugar cuyo gran consuelo es no tener ningún infectado por el momento, sin embargo, el libre tránsito a la ciudad de Punta Arenas a comprar, a horas médicas, a visitar a los familiares, situación que era muy común, nos muestra un estado de desesperación en muchos habitantes ya que el simple acto de cruzar a la otra orilla hoy en día es casi un imposible por el encierro impuesto y la enorme cantidad de trabas. Los alumnos de Cuarto Medio están a la deriva sin un plan de contención ni orientación adecuados por el distanciamiento social y algunos de ellos han tenido que ingeniárselas por su cuenta para avanzar en su proceso de preparación para la Prueba de Transición con lo que el liceo les ofrece a través de las diversas páginas online que pueden conseguir.

El liceo a través de los diversos departamentos ha hecho orientación, seguimiento de algunos casos y ha preparado un plan de contención, pero no resulta tan fácil como idealmente se espera por el distanciamiento social y los temores al contagio. Se han hecho varias campañas para ir en ayuda de las familias de los estudiantes afectados por la cesantía y las enfermedades diversas.

Como liceo estamos en la lucha incesante por proporcionar a los estudiantes y a su familia tranquilidad y todas las facilidades que podemos otorgar para la tranquilidad de sus espíritus.

Estas dos últimas semanas algunos colegas están haciendo clases por MEET. Yo hago por WHATSAPP a los cursos más lentos. No he hecho clases vía online ya que me parece que no es productivo por el tema de internet. A veces, asisten 16 alumnos a clases online, otras asisten dos o tres. Por esa razón he optado por otra alternativa.

Se habla mucho de las condiciones emocionales, psicológicas y familiares de los estudiantes, pero no se ha hablado nunca en consejos (por MEET) acerca del estado de los docentes.

Docente de Porvenir

Tierra del Fuego

MI NUEVA NORMALIDAD

2 de marzo de 2020

6:00 suena la alarma del celular

6:10 suena la alarma del celular

6:15 no suena la alarma del celular, pero ya me levanté para el primer día del año lectivo 2020.

Desactivo la alarma.

Directo a la ducha, harlo champú antifrizz para que el pelo brille y se mantenga liso, repasada de depilación. Harto jabón, acondicionador para cabello suave todo el día. Termina la ducha.

Crema en todo el cuerpo. Desodorante. Secador y plancha de pelo. Maquillaje, sombra, máscara de pestañas, rubor, labial. Harto perfume y ropa cuidadosamente escogida y planchada la noche anterior. Los tacones me molestan después de dos meses y medio sin usarlos.

Café para mí y leche para mis hijos.

Última revisión de computador, libros, cuadernos, agenda del profesor, papeles, adornos para la sala, recuerdos del primer día, cartulinas, lapicera, plumones, corrector, goma y una manzana para el recreo.

Peinado a la hija, revisión de los zapatos y mochila del hijo. Si sales un minuto más tarde llegas atrasada. Una última pasada de perfume. Lista.

07:40

El colegio está como todos los otros primeros días, colegas impecables saludando felices de empezar todo otra vez. Los niños con sus uniformes, mochilas y fragantes útiles nuevos hablando, gritando, riendo felices.

En la sala los recibo con un abrazo, repitiendo bienvenidos a todos y cada uno de los 40 presentes. Hablar del manual de convivencia, de los ajustes del manual de evaluación, rellenando, preguntando sobre sus vacaciones, de lo que les espera este año, tratando de mantener el orden, callándolos, pidiendo calma, que dejen de llamar la atención, silencio por favor.

13:00

Los pies adoloridos, un tanto cansada pero resignada a que así es el año normal, costumbre, todo es costumbre, bienvenida rutina. Almuerza rápido, tienes que volver al colegio. Te queda toda la tarde aún.

18 de julio de 2020

08:00

Suena la alarma, no importa, que suene, que suene todo lo que quiera.

8:30

Prendo el computador y mientras inicia me lavo los dientes y la cara. Un poco de crema facial y labial. Elástico para amarrar mi cabello indomable.

Me cambio la parte de arriba del pijama por un polerón y mientras pongo el hervidor envío el LINK de ZOOM a los alumnos.

Me sirvo un té desabrido mientras los niños esperan a ser admitidos.

Empieza la clase y hay 80 niños en línea todos con los micrófonos y cámaras desactivados. Saludo.

Retroalimentación de la clase anterior.

Les muestro y explico un POWER POINT y un QUIZZIZ que hice anoche, trato de motivarlos, de explicarles y que entiendan la materia.

No sé si están prestando atención, no sé si están ahí o hablo sola. Les hago preguntas y contestan por el chat.

Hace tanto que no escucho sus voces.

Terminó el tiempo.

Resumen de la clase y me despido.

Muy buena clase dice alguien. No sé qué clase de sarcasmo es ese.

Gianina Muñoz

Calama

MEMORIA DOCENTE

Te cansas, te agobias. Revisas CLASSROOM, planificas tus ZOOM. Ordenas el living, la pieza. Haces tu mejor esfuerzo, generas materiales didácticos que nunca antes habías hecho. Te enorgulleces de cada logro pedagógico que logran ellas/os, que logras tú. Te juntas con tus colegas para afinar detalles. Quieres que cada vez sea todo más sólido.

Cierras el computador, escuchas a tus compañeros/as que ejercen como profesores/as en otros colegios. Te cuentan que sus asambleas tratan de organizarse en grupos para ir a dejar cajas de alimentos que ellos/as mismos/as están pagando de su bolsillo. Que las familias están comiendo vegetales congelados. No hay carne, no hay frutas, no hay toallitas, no hay galletas.

Tampoco hay NOTEBOOK. Hay celular con redes sociales gratis. Ves que tus colegas crearon INSTAGRAM y FACEBOOK para comunicarse con sus estudiantes. Algunas/os responden. De las/os otras/os no se sabe. Te da pena y a veces lloras en las videollamadas con tus amigos/as profesores/as porque entiendes en tu propia carne la brecha educativa que se abre diariamente, mientras tú avanzas con tus estudiantes que tienen computador, *iPad*, *celular*, *wifi*, comida, ropa, casa con calefacción.

Miras un punto fijo. Abres el notebook, prendes la cámara. Haces tu clase. Pasan los días, las estaciones. Afuera hay gente hambrienta. Sigues con CLASSROOM, abres tus cursos, devuelves tareas, comentas privadamente "corrige el párrafo 3". Afuera hay gente enferma. Agendas reuniones, entrevistas, completas los excel que nadie leerá. Afuera hay cesantía. Angustia.

Entonces pega la cuarentena muy adentro. Te da pena, sabes que debes seguir la rutina porque eso te permite estar dentro de una casa, pagar las cuentas, seguir viviendo en un país neoliberal como este. Pero se asoma una ventanita que habías cerrado: sientes. Lloras. Reflexionas. Dejas de omitir que somos un país miserable.

No es que no lo supieras. Pero ahora lo padeces más que nunca: la enfermedad no es el virus. La enfermedad es otra cosa que aún no sabes verbalizar. Y quizá nunca sepas cómo decirlo. Pero te entiendo, colega, no sabes cuánto.

Margarita Acuña Espejo

Jefa de Departamento de Lenguaje

Magíster (c) en Educación UC

Mención Evaluación de aprendizajes

Santiago

DÍAS Y DÍAS, SEGUIMOS SUMANDO...

Las últimas semanas de febrero, la familia se inunda de nostalgias y deberes... nostalgias, por lo que faltó hacer en las vacaciones, deberes por el comienzo de las compras de útiles, uniformes y textos escolares y, por otra, la organización del cumpleaños del pequeño del hogar... Este año no fue la excepción... El 03 de marzo mientras compartíamos la once familiar, entre risas, abrazos y las mismas historias de siempre, en que los hermanos se molestan entre ellos, entran los hijos y los sobrinos, unos se enojan, otros se ríen, para finalmente la matriarca poner orden y hacer callar a chicos y grandes... escuchamos en la televisión el primer caso de coronavirus en el país y al día siguiente comenzó el año escolar...

El primer día de clases se modifican las rutinas, cambian los horarios, los apuros se vuelven constantes, cargar el auto que se llena de libros, bolsos, loncheras, colaciones, luego se deja al pequeño Patito en su Colegio para por fin llegar a mi trabajo, un Colegio grande, acogedor y conocido en la comuna... pasaron unos días, conocí a los pequeños de séptimo, nos hicimos un poco amigos, me reí con sus travesuras y nos aventuramos en salidas a terreno y un sinfín de proyectos durante el año escolar... esta rutina caóticamente desafiante duró dos semanas, hasta aquel domingo que por televisión escuchamos que las clases serían suspendidas... ¿Cómo iremos a estudiar? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haremos, tía? ¿Hay que comprar los libros? ¿Mandamos los útiles?... el teléfono a punto de explotar con mensajes de todos lados... entre mensajes de padres compañeros del hijo y mensajes de colegas, apoderados y estudiantes se fue armando una gran sopa de historias... Era el comienzo de la nueva novela...

El nuevo relato se dispersa entre los hermosos prados y campos de la comuna, se extiende desde los verdes caminos serpenteados de Mallarauco, pasa por las chimeneas y creaciones de greda de Pomaire, emerge de los caseríos de diversas localidades y se mueve en la ciudad desde distintos recovecos, no tiene abrazos, pasillos de Colegio, uniforme, pelotas en el patio, risas y bullicios... Tiene pantallas, teléfono, mensajes y más mensajes, relatos a fotografías y pantallas oscuras... tiene silencios y tiene esfuerzos, tiene sueños y tiene preocupaciones... No han sido días fáciles, son 95 días de encierro, de sentir la muerte que ronda, de llevarse a conocidos y sentir el temor de enfermar... No han sido días fáciles, porque nos golpea este Chile desigual y escuchamos al habla a mamás, abuelas y familias sin trabajo, que deben decidir entre pagar internet o comprar alimentos... No son días fáciles para todos nuestros niños y niñas que no tienen acceso a la tecnología ni a señal en un cerro perdido de Puangue, Mandinga o Tantehue... No son días fáciles cuando en el silencio y el frío de la mañana, sólo algunos y algunas estudiantes se conectan llenos de esperanzas de poder saber de sus compañeros, esperando reírse un poco y cumplir con las propuestas y actividades que cada profesor propone... No son días fáciles, porque entiendo la educación como mucho más que eso... más que formularios, más que cápsulas, más que un audio y una guía por completar... porque faltan las sonrisas, porque falta la interacción, el desorden, la emoción y la intervención chistosa, la anécdota hilarante, la experiencia dolorosa, las caritas de los niños y las niñas que alimentan nuestro corazón a veces cansados... No han sido días fáciles, pero aquí estoy (y estamos, junto a todos y todas mis colegas) sorteando dificultades, con esperanza de días mejores, de días soleados, días fríos, pero con calorcito de la sala, que nos hace recogernos en

la fraternidad de un curso y otro, con los abrazos, colaciones y risas de cada uno de nuestros niños y niñas... No son días fáciles, quedan formularios que revisar, mail que contestar, familias a quienes ayudar, mensajes de aliento que entregar... Abrazos virtuales que compartir.. No son días fáciles, son días grises, como dice la canción..."

Mónica Guerra Silva,
Melipilla

UN DÍA MÁS, UN INTENTO MÁS

Seis y treinta de la mañana, empieza el día, notificaciones de CLASSROOM en el celular se acumulan, me voy a la ducha y me pregunto si esta vez se conectarán todos mis alumnos. ¿Qué pasará con Antonia? Repaso mi día y me doy cuenta que me han cambiado el horario una vez más. Mientras tomo desayuno preparo rápidamente la clase que inesperadamente tendré. Llegó la hora, cámaras y micrófonos apagados. Deseo saber de ellos, no obtengo respuestas, continuo con mi clase pues pienso que, así habrá una diferencia, solo escucho uno que otro monosílabo. Termina la clase, debo revisar las tareas enviadas, parecen infinitas. Cuando ya casi termino me encuentro con un correo que no habría querido leer jamás. Epítetos que no puedo decir ni recordar. Furiosa me conecto a la inesperada reunión de Convivencia Escolar para evaluar un protocolo de clases remota, solo puedo leer exigencia tras exigencia al profesor, pido la palabra para exigir lo de siempre, algo de respeto y protección al profesor. No puedo, me ahogo con mis palabras, solo puedo mirar por mi ventana ese atardecer promisorio de Copiapó y pensar que mañana será un día mejor.

Paula Torrealba Galea

Profesora

Región de Atacama

“DOCENTE EN CUARENTENA”

Horarios, rutinas, uniformes; sólo tengo vagos recuerdos de cómo era la vida antes de la cuarentena del 2020, ¿que cómo fue vivir eso? Caótico, no hay palabra mejor. Te contaré una historia.

TDA, TOC y Arcoíris eran una familia feliz: disfrutaban todos sus fines de semana paseando por la ciudad y sus alrededores, para ellos la vida estaba afuera: al sol, tomando aire fresco, con el sonido de las olas del mar de fondo. De pronto, estalló la pandemia y con esto comenzó el confinamiento.

TDA y TOC vivieron la pandemia trabajando a distancia, en los años previos sólo existía el trabajo presencial, la forma en que trabajamos hoy llegó con la pandemia y se quedó para siempre.

¿Que cómo fue teletrabajar en tiempos de pandemia? Caótico...

7:00 a.m. Levantarse. Rutina de ejercicios. Levantar a Arcoíris. Preparar el desayuno. Jugar. Desayunar. Responder mails. Reunión. Echar ropa a la lavadora. Cocinar. Colgar la ropa. Almorzar. Hacer dormir a Arcoíris su siesta. Reunión. Preparar una colación para Arcoíris. Jugar. Avanzar en la elaboración de una guía. Jugar. Responder mails. Preparar la cena. Cenar. Bañar a Arcoíris. Hacer dormir a Arcoíris. Revisar guías. Enviar mails con la retroalimentación de la guía a cada estudiante. Planificar. Responder mails. 3:00 a.m. ¿Estás cansado/a? ¿Hagamos el amor?

Fue difícil: imagínate ser papá/mamá-trabajador/a-dueño/a de casa-pareja-persona, todo al mismo tiempo.

Pero no todo fue malo... Déjame terminar la historia...

TDA y TOC aprendieron sobre ellos mismos durante la cuarentena, cada uno enfrentó su propio desafío. TDA aprendió a no procrastinar; TOC, a fluir con los vaivenes de la vida.

No todo fue malo...Fue un periodo de asir la vida, el amor, la bondad, la compasión y la gratitud con fuerza y coraje; y de dejar ir rutinas, estructuras, paradigmas, trabajos... de dejar ir todo lo accesorio.

Francisca Quiroga Ansaldo

Arica

CUARENTENA EN ALTA MAR

El día 5 de marzo con mucha ilusión , mi marido y yo , nos subimos al crucero Coral Princess en el puerto de San Antonio para recorrer,durante 14 días,diferentes lugares del sur de Chile, y arribar a Buenos Aires para nuestro regreso el 19 de marzo. Era una hermosa e inolvidable aventura que íbamos a vivir juntos.

Al subir nos dimos cuenta que gran parte de los pasajeros eran europeos y norteamericanos, y para nuestra sorpresa todos hablaban inglés. Nosotros, no.

Había llegado recién a Chile el primer contagiado de Covid 19 . Durante el viaje, disfrutamos lugares muy hermosos: Puerto Montt, (ya lo conocíamos),Glaciar Amalia , Punta Arenas , Ushuaia (Tierra del Fuego), Cabo de Hornos , Islas Falkland .

Nos quedaba Puerto Madryn , Montevideo y Buenos Aires , para arribar y volver a Chile ese día 19 de marzo como estaba programado. Nos enteramos por nuestros hijos de la pandemia por Covid 19.

Nos comunicaron la noticia del cierre de ese puerto el 14 de marzo cuando nos dirigíamos a Puerto Madryn . Con 14 días en el buque y ningún contagiado, íbamos bien viviendo "esa cuarentena" .

Tampoco Montevideo nos recibió como estaba en el programa, así que un poco desilusionados, pero esperanzados nos dirigimos a Buenos Aires para nuestro esperado retorno a Chile.

A la llegada a la capital argentina el 19 de abril, se nos avisó que primero bajarían los connacionales, previa autorización y control sanitario exhaustivo de cada uno de los cruceristas. Después bajaríamos los demás.

Fue tal la demora de las autoridades sanitarias argentinas en el descenso que muchos pasajeros perdimos los vuelos.

Al anochecer de ese día, pasajeros acompañados por algunos de la tripulación se fueron al aeropuerto y tuvieron que volver al buque, pues estaba todo cerrado.

Al día siguiente ,(eso nos dijeron) podríamos bajar para tomar otro vuelo y retornar a nuestros países de origen, nos acostamos con la maleta llena de ilusiones para el ansiado regreso a Chile .

Nos levantamos ilusionados muy temprano para ir a tomar desayuno, abrimos las cortinas del camarote y cuán grande fue nuestra sorpresa cuando vimos que ya estaba atrás el Puerto de Buenos Aires. El buque había zarpado , vimos solamente esa agua cafésosa propia del Río de la Plata. ¡Qué decepción! Argentina no permitió más desembarque para abordar aviones.

La Capital Federal había cerrado fronteras y no podíamos permanecer ahí . ¡Qué desilusión más grande! Si estábamos al lado de Chile.

Caminamos de madrugada por las cubiertas vacías, desencantados, tristes y pesimistas, sin entender lo qué pasaba. Si hasta el internet satelital no funcionaba. Quería encontrar a alguien que hablara español. Quería saber si habían quedado otros chilenos con nosotros.

De los 2000 pasajeros, quedamos 1020 de diferentes nacionalidades, (aparte de los 895de la tripulación) , solamente permanecimos en el buque siete chilenos unidos para animarnos. ¡Qué tranquilidad y alegría!

El día 20 de marzo, íbamos hacia Montevideo por provisiones y allí se nos autorizaría a bajar... ahora sí . Esperamos con las maletas listas nuevamente. A dos horas de la salida del avión no había noticias, ya las esperanzas se habían difuminado. No nos autorizaron abordar el avión. Uruguay había cerrado fronteras. Me invadieron nuevamente sentimientos de angustia, desesperación e incertidumbre.

Nos informaron que iríamos a Miami , al Puerto Fort Lauderdale ... llegaríamos en 14 días.

Aquí empieza mi equipaje de desesperanza , penas y desvelos .

Nos alejábamos cada vez más de Chile (horror, angustia, impotencia), En este avanzar a EEUU pasamos por Brasil, nos comunicaron que ahí sí que nos autorizarían a bajar en Rio de Janeiro para ir a São Paulo y venir a Chile. Sentí miedo, porque sabíamos que había muchos contagiados allí . Deseé no bajarme.

Nuevo aviso :“ Brasil no autoriza desembarco de cruceristas”

Noches sin dormir, desencanto, desesperanza, pero tranquilidad, pues teníamos comida, ducha, baño, buena cama y, lo más importante, “no había contagiados por Covid 19 ”

Comunicaron, sí, que había varios con gripe .

El día 31 de marzo en la tarde, nos mandaron a confinarnos , a encerrarnos en nuestras habitaciones hasta llegar a Miami . No era gripe, era Covid 19 ¿Cómo se produjo el contagio ?...

Los pasajeros y tripulantes que bajaron en el aeropuerto en Buenos Aires y volvieron al buque, venían contagiados, bastó ese poco tiempo para adquirir el virus.

Fueron días eternos, de pasearnos dentro de la habitación, de angustiarnos, de desvelos, de orar, de angustia y desconsuelo. Las comidas llegaban en una bandeja que quedaba en el suelo fuera de la habitación. Mi marido sin olfato, no olía nada nada, yo lo atribuía a que había dejado de fumar. ¡Bendita ignorancia!

En el trayecto a Miami, pasamos por Barbados para que otro crucero nos proveyera de medicamentos. Nos animaron con música y cánticos desde el exterior.

Cuando llegamos al puerto de Miami el 4 de abril, nos pidieron las maletas para nuestro pronto descenso, nos quedamos con lo mínimo. Cuando se detuvo el buque llegaron unos pájaros negros que revolotearon alrededor de los balcones, hasta entraron a algunos camarotes... eran cuervos... como oliendo lo que se venía. Con rapidez y sorpresa fueron espantados por los pasajeros... Ya había 4 muertos y 65 contagiados. Uno de los enfermos graves había sido bajado en Barbados, murió posteriormente. (El número de contagiados y muertos aumentó después).

Más tarde empezaron a llegar ambulancias, una tras otra, a llevarse a los enfermos .

Mi corazón latía rápidamente, entraba y salía de la habitación al balcón. Era casi imposible no mirar porque estaba a la vista el muelle desde todos los pisos, nosotros en el piso 10, a babor. Aumentaban los contagiados. Los que estaban a estribor miraban hacia los yates, linda y relajada vista.

El tintineo del parlante indicaba que el capitán iba a anunciar alguna novedad, (lamentablemente en inglés), lo que nos angustiaba aún más por no entender.

Grabábamos y mandábamos los audio a Chile para la traducción. A veces recibíamos la llamada de algún compatriota que había entendido algo. Las noticias no eran buenas: no había pronto retorno a Chile... era difícil salir de ahí. Estábamos sanos (según nosotros). Nos sentíamos bien... nadie enfermo ¿Por qué no nos bajaban entonces y regresábamos a Chile?

El control sanitario norteamericano no autorizó enviar a ningún cruceristas en vuelos comerciales, solo en chárter.

Esa información nos apenó y desesperanzó .

(Nuestra salida del crucero el día 9 de abril y el regreso da para otra historia, porque no fue directa a Chile).

Veníamos 19 en total, nueve brasileños(tripulantes del buque), los siete chilenos y tres de la tripulación del pequeño avión. Nosotros con una mascarilla desechable dada en el buque que nos duró más de una semana. (Le poníamos pañuelos desechables para protegernos).

Pasamos a Puerto Rico a dejar una pasajera cuyo esposo había quedado hospitalizado en Miami con covid 19. Después volamos a Brasil con las mínimas condiciones de resguardo sanitario.

Llegamos a Chile en el último Latam humanitario desde São Paulo el domingo 12 de abril junto a otros chilenos que venían de otros países.

Fueron 35 días en crucero más tres de viaje y de estadía en el hotel del aeropuerto de Sao Paulo en época de pandemia.

De los siete chilenos que viajamos cuatro se contagiaron, entre ellos, mi esposo; otro muy grave, ya recuperado... Yo no me contagié, y eso que dormí con el enemigo (con el virus).

Definitivamente, éramos un peligro inminente de contagio de Covid 19.

Llegamos a casa a cuarentena. Volví a renacer en mi amado Chile.

M. Eugenia Godoy Cabrera

Profesora de Español

Concepción

EL CAMBIO DE LA ESCUELA VINO CON LA PANDEMIA

Trabajar desde la casa para cualquier profesor nunca ha sido algo nuevo.

Lo que sí cambió, fue hacer completamente a distancia, clases en un formato virtual, convirtiendo todos los espacios de nuestro hogar en una extensión de la sala de clases. Lo público se volvió privado, o dicho de otro modo: lo que antes era social ahora nos robó la intimidad, colándose en los espacios más recónditos de nuestra condición y realidad.

Ni qué decir las horas extras. Eso pareciera no contar, ni los materiales, los datos, la conexión a Internet. O, incluso, que en los momentos más intempestivos recibamos —se ha vuelto una consigna proteger nuestro tiempo— mensajes, correos, llamadas, o incluso se nos agolpe la culpa de que dejemos de hacer lo que estábamos haciendo, porque recordamos que tenemos pendiente un material, nos falta corregir algo y hacer la retroalimentación, o bien solo se nos ocurrió una nueva idea mientras nos duchamos, revolvemos la olla, atendemos a un hijo, paseamos al perro, o conquistamos nuestro ocio con el celular o algún libro, y entonces salimos disparados tras una imagen, algún video, una anotación más en la guía o PPT, que ahora sí que quedará más clara para los niños o nuestros chiquillos.

El profe se desvive y en medio de “la mayor pandemia del siglo”, como escuchamos repetir como loro en todos los soportes comunicativos, nadie nos declara la primera-línea de la educación. No estamos compitiendo ese terreno ni el apelativo, pero eso somos: la resistencia no solo de la enseñanza, sino, además, sobre todo de la contención emocional de “toda una comunidad educativa”.

A poco de empezada la cuarentena, creo que antes de que se declara la medida más improductiva: adelantar las vacaciones de invierno en abril, alguien echó a circular un meme, donde aparecían los músicos del Titanic, con la leyenda, “Los profes haciendo material para sus clases ZOOM”. No pudo ser más revelador.

Aprontándonos ya a los cinco meses de declarada la crisis sanitaria, a raíz del coronavirus (muchos tuvimos apenas diez días de clases) el teletrabajo para cualquier profesor de norte a sur del país supo establecer dos cosas con claridad: una, que las clases pueden hacerse de manera remota, y dos, que las escuelas son efectivamente guarderías. Un colega posteo hace unos días, algo que me parece clave, por eso lo repliqué: “Sin vacuna, no hay retorno”. Y tiene toda la razón del mundo.

Esperemos que por una vez en la vida, nos consulten a quienes estamos involucrados en el proceso educativo, qué sentido tiene retornar a clases en un año de crisis como este. ¿En qué cabeza cabe que la “nueva normalidad” que tantos abogan, pueda parecerse a la realidad que se vive en los colegios?

El mundo de las escuelas, aunque representan un modelo a escala de la sociedad, apunta justamente a repensar cómo queremos otro mundo.

Va siendo tiempo que se sepa, porque nosotros ya lo aprendimos, el cambio de la escuela se vino con la pandemia. Y no es una tarea para la casa. No hay más tiempo de entrega.

Roberto Contreras Soto

Profesor y escritor.

ESTE TIEMPO ajeno a nuestro contexto real nos ha sorprendido y en muchos aspectos nos ha dejado a la deriva: tanto en términos de recursos como en términos emocionales. La prensa con algunos titulares sensacionalistas, lo único que ha logrado es impactar psicológicamente a la comunidad, no obstante, cabe reconocer que si bien se tiende a hiperbolizar la realidad y las diversas situaciones, hay mucho de realidad en aquellas notas, reportajes, etc. Tanto así que me ha impactado cómo han abordado nuestra profesión, romantizándola, cuando en el fondo deben evidenciar el cansancio y el esfuerzo que hemos realizado para ir sobre la marcha aprendiendo, motivando, enseñando, conteniendo, orientando, etc. a nuestros estudiantes, y además a nuestras familias.

Si bien hace algún tiempo imaginaba y presentía que en algún momento la tecnología tendría gran impacto en mi profesión, no pensé ni dimensioné que fuera tan pronto y de forma tan abrupta. Siempre he implementado en mis clases de Lenguaje recursos tecnológicos entendiéndola como una necesidad fundamental y una competencia transversal, donde hoy los electivos de tercero medio vienen a confirmarlo con las Competencias del siglo XXI, adquiriendo gran valor la alfabetización digital. La pandemia ha generado que replanteé la orientación de mi profesión y la reenfoque de forma, mediante el cuestionamiento de mis prácticas, recursos, evaluaciones, etc. Siento que en términos de enseñanza y aprendizaje, los profesores somos quienes sobre la marcha hemos lidiado con un sinfín de programas, plataformas, y recursos que nos golpean diariamente como una bofetada y nos indica como tirón de orejas cuestionarnos y decimos "¿por qué esto no lo aprendí antes?", y la respuesta sale a la luz -Por tiempo... La pandemia nos aumentó la visión, nos amplió el abanico de posibilidades de recursos, medios y posibilidades de enseñanza, de evaluación, de perfeccionamiento y capacitación, lo lamentable es que las circunstancias nos presionan, y el deleite no lo podemos disfrutar, ya que el nerviosismo de aprender y hacerlo bien sobre la marcha frente a nuestros estudiantes, nos deja casi en jaque. La pandemia y la educación en línea han provocado que mis tiempos de dedicación a mi profesión se extiendan sin límites ni horarios, por lo que, muchos de nosotros, creo que trabajamos más que antes, eso no quita, que no lo sigamos disfrutando, pues lo hacemos con la entrega de un corazón que tiene la labor de educar en tiempos complejos, difíciles y ajenos a una realidad cotidiana.

Mi esfuerzo por enseñarle bien a mis estudiantes me ha llevado a sentirme superada físicamente muchas veces, no obstante mi cabeza sigue funcionando, y he requerido de pausas precisas. Frente a ello mi colegio ha generado espacios de contención y descanso, ya que reconocen el esfuerzo de quienes estamos tras las pantallas dictando no una clase, sino dinamizando el aprendizaje. Este tiempo de pandemia también me ha permitido disfrutar de mi familia, porque ahora puedo almorzar todos los días con ellos, y puedo ver más tiempo a mi hija, antes, había días que llegaba tan tarde que ella ya estaba dormida. Puedo ser testigo de muchas de sus sonrisas al día, de su cansancio a veces, de su tristeza en un encierro, de sus locuras y juegos divertidos, que antes solo se evidenciaban a través de interrogantes ¿Qué hiciste en tu día? ¿Cómo te fue en el colegio? ¿Qué aprendiste hoy? ¿Qué cosa divertida hiciste en el colegio con tus amigos?

La realidad de otros colegios, el acceso a internet, el desempleo, la pobreza, han sido factores que me dejan pensando en todo lo que falta por abordar en educación, en lo social, en lo emocional, en lo económico. Hay mucho por hacer allá afuera, nuestra profesión es la llave para crear mejores personas, mejores profesionales, mejores líderes, nosotros somos quienes tenemos el futuro en nuestras manos, y aunque pensarlo así implica una presión, también permite corroborar que la profesión que decidí para mi vida es la indicada, siento que desde acá puedo ser un gran aporte.

Soy mediadora del aprendizaje, de la contención emocional, de la esperanza en mis niños. Este tiempo de

complejidad, lo abordo como una posibilidad para mejorar mi labor, en estos tiempos donde todo lo que se haga, debe ser con el corazón, donde debemos dar a conocer, lo mejor de nosotros como docentes y como personas que conforman una sociedad que intenta sobrevivir para un futuro mejor.

Angelina Contreras Bravo

Profesora de Español

Licenciada en Educación

San Pedro de la Paz

Concepción

LA NUEVA NORMALIDAD

La historia que están por escuchar es contada desde mi habitación, con diagnóstico posible covid-19 por contacto intrafamiliar estrecho, mientras a mi lado izquierdo cuido el sueño de mi lactante y a mi derecho el de mi pareja (el positivo, que de positivo no tiene nada por estos días) Pero todo esto se remonta a años atrás, cuando la humanidad vivía tranquila. En ese entonces, teníamos vidas normales, los niños iban al colegio, la gente trabajaba, se disfrutaba de los paisajes, un lugar ideal, una vida buena, una sociedad igualitaria... Bueno, me hubiese encantado que esto último fuese verdad, pero dejémoslo en que este relato se remonta a tiempos inconmensurables, cuando de pequeña pensaba que era genial ser maestra, porque ellos tenían hartas vacaciones y una vida relajada...

Mi nombre es Belén Antilaf y bueno, luego de muchos meses de aislamiento por supervivencia y con un solo objetivo, devolver la normalidad a la humanidad... igual no más nos contagiamos, mi marido en sus viajes de trabajo se atrapó el virus y aquí estamos. Cansados, angustiados, preocupados... Pero dentro de todo no me siento tan mal, porque mis hijos se ven sanos, porque por divinidad lo hemos vivenciado como un resfrío infernal, y aun así, hay otra cosa que me da vueltas y vueltas, es que tenía las clases virtuales programadas...

Lo más probable es que nadie las haga, ¿llamará alguien a Juanita quien no está asistiendo porque quiere desertar?

Pedrito no participa porque están muy mal económicamente con su familia y pidió trabajar con guías desde casa, se supone que cuando vuelva a la normalidad, debo revisar todo lo que hizo en este tiempo, ojalá pueda concentrarse en avanzar... Por otra parte, está Jessica, trae un drama desde antes y con esto del aislamiento las cosas van de mal en peor y como si fuera poco, la profe jefe que viene recién conociendo y que se suponía en estas semanas iba a ayudar con el tema de la contención... no los va a poder asistir por ahora... Y claro, yo avisé, se supone que alguien debería tomarlos ¿Pero a quién le gustaría hacer mi trabajo? Al fin y al cabo la licencia es solo por 14 días, en los que debo recuperarme para seguir adelante con el plan; abrazar la nueva normalidad... Por eso, decidí escribir justo ahora, porque me imagino que hay cientos de historias como esta, entre el esfuerzo, la pandemia, el teletrabajo, ser madre, la casa, las compras, la familia, los amigos que ya no vemos, los abrazos que no damos...

¡Ah, pero tampoco quisiera terminar así esta historia! porque esto no es una queja ni un contar los lamentos, esto no es nada, en comparación a otras historias que yo conozco, que mis estudiantes me han contado, que la vida me ha enseñado... de superación, de esfuerzo, de resiliencia, de no perder la esperanza porque todo lo malo, siempre pasa y uno sigue más firme y más fuerte. Esto es un pequeño fragmento de realidad, dentro de muchos otros, un *mise en abyme*.

Belén Antilaf

IV Región de Coquimbo
La Serena

DEBO RECONOCER que nunca pensé vivir una pandemia, el impacto que ha tenido en todo sentido en la sociedad, sobre todo negativo, pero aun así, también reconocer que he sido “afortunada” o “privilegiada” en algunos aspectos. Para comenzar, describiré el contexto en el que me desenvuelvo, para especificar esta realidad. Soy profesora en un liceo municipal polivalente en la comuna de Monte Patria, en la cuarta región, desde hace 4 años, pero mi domicilio particular, es decir mi hogar, es en Villa Alemana, en la Quinta Región, por lo que suelo viajar los fines de semana a mi casa. En Monte Patria, solo arriendo una pieza en una hostel, donde hay profesionales de otras áreas. También debo aclarar, que no tengo hijos, lo que hace aún posible que me pueda trasladar sin mayores inconvenientes o responsabilidades. Además, debo decir que sigo recibiendo mi sueldo íntegro, lo que en parte me genera tranquilidad. Hoy me encuentro haciendo teletrabajo desde mi hogar en Villa Alemana, apenas indicaron la suspensión de clases me vine, ya que prefería estar encerrada en mi casa, en vez de estar en una pieza, creo que fue la decisión correcta, ya que la soledad se vive distinto de acuerdo a la distancia y las comodidades. Si estuviera en la pieza del hostel, me sentiría ya deprimida, estar en mi casa, por lo menos me siento más cerca de mi familia, aunque no los vea directamente, pero de igual forma empatizo con aquellos colegas que también trabajan fuera de su región y que tal vez por diferentes razones no han podido viajar a su hogar, que es una realidad poco conocida, pero existente.

En cuanto a mi desarrollo de teletrabajo, ha sido para mí, un tanto frustrante. Monte Patria, al ser una comuna con muchos valles y zonas rurales, además de ser un sector de alta vulnerabilidad, los alumnos llegan al liceo en buses de acercamiento puestos por el Municipio, ya que los pasajes son muy caros (un pasaje escolar dependiendo del tramo, tiene un valor mínimo de \$500.-), su principal problema actual para trabajar en estas condiciones, es la conectividad. Al existir valles que son hermosos, también están muy dispersos, lo que dificulta la conectividad y tiene como efecto, que la mayoría de nuestros estudiantes no tiene internet, porque no les llega señal. Tengo casos de estudiantes que la señal de internet es mejor de noche, o deben esperar a que llegue algún miembro de su familia para que le comparta internet o deben ir a la plaza más cercana para capturar señal pública o tienen solo redes sociales liberadas y así. Lo que ha generado, que hasta el día de hoy, no tengamos un canal oficial de comunicación institucional con el que todos estemos conforme, ya que el medio de comunicación más efectivo es el WHATSAPP. Es con esta aplicación que hemos logrado comunicarnos con gran parte de los estudiantes y apoderados. Si bien es efectivo, no es lo que me gusta. Mi número de celular personal lo tienen 230 estudiantes (de 8 cursos), más los apoderados de mi jefatura. ¿Respetan horarios?, la respuesta es no, porque en varios casos, su conectividad es mejor de noche, por lo que debo flexibilizar los horarios. No me gusta, pero lo he aceptado. Solo pocos alumnos tienen manejo y disposición de internet como para enviar correos y muchos menos, solo un grupo, usa CLASSROOM. ¿Es equitativo el “aprendizaje”?, la respuesta es no. Estoy gran parte del día enviando mensajes, contestando consultas, recibiendo actividades por WHATSAPP. Tal vez, se lee que hago hartos, porque es casi todo el horario laboral del día, pero inclusive así, no logro comunicarme ni con la mitad de los alumnos que tengo, debido a que no responden. Por otro lado, están los apoderados, como tengo jefatura, resuelvo algunas dudas con respecto al curso en general, sobre las canastas, los beneficios, reportes, cuestionamientos, quejas, etc. y yo sin tener respuesta a todo. Cuando los llamo, ya que lo hago cada cierto tiempo y me cuentan sobre su cesantía (la mayoría trabajaban en agricultura), enfermedades, angustias, preocupaciones sobre todo de tipo económico, es una angustia que se contagia, porque este año ha sido peor para ellos. Cuando un apoderado me dijo que, entre cargar con tres mil pesos el celular para que tenga internet su hijo y ocupar ese dinero para comprar pan para la semana, la respuesta era clara, si había quedado sin trabajo, por eso no le exigía a su hijo que cumpla con las actividades académicas. Si bien, este caso lo derivé con la asistente social, ¡cómo no voy a entender que para muchos apoderados las prioridades cambiaron!

Cada semana debemos enviar unas planillas como reporte, de cuántos alumnos contacté, cuántas guías envié, cuántas recepcioné, cuántas evaluaciones envié, cuántas recibí de vuelta, cuántas revisé, cuántas retroalimentaciones realicé, cuántos videos explicativos grabé, cuántas clases online realicé (todavía sigo sin entender este ítem), cuántos alumnos se conectaron a estas clases online (también sigo sin entender), cuántos alumnos fueron calificados conceptualmente. Aparte, nos piden otra planilla, con la información por curso, semanal. Solo es rendición de cuentas. Y hemos pasado meses así. ¿Siento que he logrado algo con mis alumnos?, la respuesta es no. ¿Frustrada?, sí.

*Podría seguir, pero ya me excedí.

Elena Peña Peñancar

Monte Patria/Villa Alemana

PENSANDO

La pandemia me cambió la vida por completo. Como profesora de Castellano y Filosofía de un Liceo Técnico profesional del Servicio Local Puerto Cordillera, sigo recibiendo mi sueldo, no me lo han bajado. Lo que es bueno. Me vi enfrentada a realizar primero clases, entre comillas, a través de correo electrónico, mandando ppt y guías para mis alumnos. Al principio la respuesta era bastante buena, porque los alumnos respondían las guías y yo las revisaba una por una y enviaba luego la corrección a cada estudiante. Era un trabajo agotador, porque había que hacer los ppt con contenidos limitados para que los estudiantes lo pudieran responder. Luego la guía de ejercicios de esos ppt, más trabajo. Mientras en casa debía cocinar. Cuando iba a trabajar yo compraba mi almuerzo. Las labores de casa me estresan, porque todo es una misma cosa, casa y trabajo. Un día a la semana voy a turno ético, yo lo considero innecesario y peligroso. Innecesario, porque solo voy a entregar mi trabajo que realizo en casa y peligroso, porque tengo contacto con otras personas que uno no sabe si están contagiados o no. Como no tengo auto y por miedo no tomo un colectivo y casi nada micro. Me voy a pie a mi lugar de trabajo y de vuelta lo mismo, media hora más o menos de caminar junto a una colega, en media hora arreglamos el mundo de nuestro liceo, qué es más adecuado para las clases, y nuestros estudiantes. Me cuido de no contagiarme y de no contagiar a mi hijo. A mi madre no la veo desde marzo, solo teléfono.

Además me he dado cuenta que las personas no toman con seriedad la pandemia. Salen a la calle sin mascarilla, no respetan la distancia. Mi hijo me estresa, porque no quiere que tenga contacto con personas que están en contacto con otros. No hay seguridad, me he vuelto más desconfiada, y a veces siento miedo por mí, por mi familia, me he vuelto paranoica. Ahora estoy en clases virtuales con mis estudiantes, igual no todos se conectan, porque también están estresados o bajoneados como dicen ellos. Pero también hay estudiantes que no tienen conectividad. Tengo problemas para dormir, encuentro que tengo más trabajo ahora con la pandemia que antes. Tal vez sea cierto, me siento cansada, todo los días pendiente del correo tanto de estudiantes como de la dirección de mi liceo. Como soy profesora jefe de un cuarto medio, me comunico con mis alumnos a través de mi teléfono, igual siempre respondiendo preguntas, dudas (hacen consultas en cualquier momento y hora). También a través de correo donde les mando mensaje de apoyo para que sigan adelante con sus estudios y preparación para la prueba PDT (ex PSU). Todos los días estoy atenta a cualquier situación que se presente. Hablar con los apoderados y escuchar sus problemas, conflictos, que no puedo solucionar, les doy ánimo con mis palabras.

Con lo de las clase virtuales mi comedor es mi sala de clases, me alegra escuchar a mis estudiantes, sus dudas, preocupaciones, les doy un poco de contención emocional, porque para ellos no es fácil, son jóvenes, su vida social quedó reducida a su habitación. La mía a mi casa, salgo a comprar al negocio de la esquina y sería todo. Al principio con las clases virtuales me costó aprender a usar el sistema MEET, y luego aprendí a usar los formularios para realizar pequeñas evaluaciones de cierre, lo que me permite saber si mis estudiantes aprenden lo que yo les enseño. Ahora estoy aprendiendo a usar la plataforma del CLASSROOM, más estrés, porque me cuesta y tengo que hacerlo para realizar mis clases, tengo colegas que me apoyan y ayudan en esta travesía, me duermo pensando en qué haré en tal clase, llego a soñar, qué locura. Además ahora en mi ciudad se decretó cuarentena. Por lo menos dos semanas

no iré a turno ético. ¡Qué alivio!

Lo único bueno de esta pandemia y ahora cuarentena es que puedo tener largas conversaciones con mi hijo, valoro el tiempo que tengo, cocino, almuerzo con él. Lo que antes no podía hacer por el horario que tenemos la mayoría de los profesores. Solo espero que esto de la pandemia termine en algún momento y salgamos triunfantes de esta situación.

Giovanna Núñez Araya

Profesora de Estado en Castellano y Filosofía.

Coquimbo

ELLA Y ELLOS

Jugar, inventar, armar, ordenar y abrazar... La rutina que intento mantener para que no odies mi trabajo.

Un día, estando embarazada, una colega me comentó que su hija le había escondido el estuche para que no trabajara más y así tener tiempo para ella. Ese mensaje me llegó profundamente y juré que mi pequeña siempre vería que mi prioridad es ser su madre. Lo estaba logrando, no era tan complejo... hasta que llegó la Pandemia.

"Difícil" es la palabra que podría resumir mi experiencia del teletrabajo como docente, madre, esposa, dueña de casa y mujer. Cambiar mis horarios para que ella juegue, imagine, aprenda y no extrañe tanto el mundo exterior. Las noches son mi nuevo día, crear la estructura de todo para luego en el día hacer la magia de comunicar a mis alumnos y que ellos no vean a su profesora dinámica y amable de siempre...sin energía.

Ni a mi pequeña hija de 4 años ni a mis alumnos adolescentes les miento. Les digo que estoy cansada, al igual que sus hermanos mayores o padres. Somos una comunidad y debemos trabajar en base a las vivencias. Ella comprende cuando debe dejarme un ratito sola y se va a jugar, a leer o simplemente escuchar música. Ellos comprenden y hacen que la experiencia online sea tan agradable para mí que logran recargarme esas pilas que se agotaron la noche anterior.

La sonrisa y el abrazo de ella me impulsan. La amabilidad y ver resultados de mi trabajo en ellos me ilumina.

Janina Estela Toledo Mora

Profesora de Lenguaje y Comunicación

Diplomada en metodologías del aprendizaje

Filosofía para niños y pre-adolescentes

Talagante

DIVAGACIONES DE UNA DOCENTE

Estoy realmente desolada, pues hoy tuve un “carrete online” con los profes del colegio en el que estoy trabajando y es desesperanzador, las frustraciones que tienen ellos como docentes respondiendo a un sistema que no se acopla de ninguna manera a lo que deberían vivir los niños en este proceso de formación. De una u otra manera, terminamos todos expuestos a esta metodología que no nos acomoda a unos ni a otros. El sistema es muy miserable en tantos sentidos; nos promete tanto y nos entrega tan poco que termina siendo un devenir de esperar e intentar comprender a aquel que está en el poder y trata de satisfacer todas las necesidades que, para aquellos que ponemos nuestra fe en ese humanismo, finalmente nos pasa por encima.

Realmente me pregunto el día en que seamos capaces de mirarnos a las caras y decir: hicimos lo que estaba al alcance (real) de nuestras manos, y lo hicimos así, perdón pido a la existencia si no di el ancho, pero lo intenté ¿podremos algún día tener el tesón de decir, “lo intenté con todas mis fuerzas”? O esta pandemia es un prólogo más de la miseria humana (patriarcalista/capitalista) de aquello que nos hemos negado, frecuentemente a Hacer.

Quiero creer que esas quejas sucumbirán ante formas que nunca antes han sido vistas. Sucumbirán ante el hastío de esta sociedad fatigada por un sistema que no responde a sus formas, a su humanidad, a su esencia ¿podrías decirme que es así? Porque en esta vida humana me he topado con tantos amagos, tantas palabras, tanto. Todos, que ya no creo nada. O, dicho de otra forma, me siento reticente a creer que este ser humano entre en sintonía con el todo.

Podemos en algún punto esclarecer lo que somos como humanos y dividirnos de esa parte corrupta, propia del capitalismo absurdo, y construir algo mejor para el otro ¿podemos? Dime que sí y demos juntos este paso y creemos imaginarios extensos que lleven a esos otros a creer en esos espacios en los que la humanidad sea esencia y no presencia.

Cuánto falta? Eh? Cuánto falta. Para que nos desvelemos pensando en cuán errado hemos estado hasta alcanzar esa plenitud en la que cada uno duerma tranquilo porque hace lo suficiente para ese futuro próximo en el que todos, somos todos y todos somos cosmos.

Aliéntennos y digan que es así, que esta vida no es en vano y los optimismos no huelen a absurdo, porque la piedra de Sísifo la cargamos entre todos. Porque más vale el trabajo comunitario que las esposas que, en algún momento, el sistema decidió heredarnos.

Adelante.

Paola Valdivia

Buin

¿CUÁNDO COMENZÓ? ES DIFÍCIL ASEGURARLO...

Primero fueron los rumores...en Santiago, luego en el sur, en el norte y así...pueblo, tras pueblo. Luego un villorrio, una comuna, una ladera, en una playa o en la montaña. Todo fue "caldo de cultivo" para que la peste más silenciosa y desconocida, dejara sus huellas dramáticas e inolvidables en cada chilena y en el mundo entero. Las instrucciones fueron muy precisas. La pandemia lo contaminó todo. Nadie, ninguno, se salvaría. Había que literalmente esconderse. Todos, cual náufragos, congelados, boquiabiertos, solos y sin saber qué hacer, éramos nada. Diría que mantener la tranquilidad, era, ante todo, la única consigna. Como profesora, calmarme, para tranquilizar a los niños fue la tarea, que todos nos propusimos. Remar para salvar "con vida" no sirve, porque ahora interesa el cómo. Cómo hago para explicar conceptos: crisis sanitaria, covid-19, virus, microbios. Cómo entender de dónde provenía esta "enfermedad".

¿Dónde está, esa tal Wuhan?, ¿porqué comen animalitos vivos?, ¿vendrá, el bicho, de un murciélago?

Todo se agolpaba y cómo ordenar las ideas y explicar a los estudiantes para que entendieran cómo protegerse. Al principio, ni yo sabía qué decir. Tampoco se encuentra el tono...Cómo llegar a ellos, si nadie puede salir de sus hogares. Tal vez veinte de treinta números telefónicos...de pronto el tesoro más grande: wassap. Cuántas veces le llamé la atención a un chico por tener un celular en su pupitre. Recuerdo... tantas anotaciones: "...el estudiante no obedece a la orden: guardar sus celulares. Insiste en jugar con su aparato telefónico...etc.". Ahora, el demonio en persona, era el más útil y sagrado, aparato tecnológico. Ese instrumento, que tantos profesores aborrecen... se transformaba en la verdadera herramienta para mantenernos unidos y conectados. Gracias a cada Santo, por tener la afamada aplicación. "Gracias a la vida que me ha dado tanto"...

La soledad y la incomunicación nos dividen y nos segmentan. Nadie estaba preparado, ni entendía cómo comportarse mejor. Los profesores, al principio, trataron de disimular el pánico, el miedo, pero luego las noticias se descuelgan, por entre puertas, ventanas y televisores. Las noticias empiezan a evadirse. Para qué ver comunicados eternos, en voz de un ministro agresivo, torpe y burlesco. Entonces se sabe que existen "maneras" de cuantificar a los muertos. De vez en cuando, en reuniones técnicas y por MEET se sospecha que, en realidad, Chile no cuenta con los ventiladores o ¿respiradores? Ningún profesor comenta sobre sospechas, rumores, desinformaciones. Así el Minsal y Mineduc nos van encauzando. Un día cualquiera, se anuncia en un canal televisivo, que en realidad los muertos son más...

Otro día, aparece una serie en Mega sobre la pandemia...un sicólogo, atiende online, luego la famosa teleserie "Mentiras Verdaderas" desaparece; las grabaciones pararon y entonces, cual marmotas, estamos obligados a revivir historias románticas con Rudolphi, Pancho Melo o Pancho Reyes...da igual, eternamente. Entonces una chica por wassap me anuncia: profe, esto es bien serio, parece. Cortaron la teleserie...

A los dos meses completos...cuarentenas eternas, parciales, totales, reales, con partes o sin partes, con permiso o con helicópteros. Que si parten a Zapallar o el segundo domicilio. Que, si Piñera se saca la foto, en la plaza de la Dignidad o Italia. Que si el presidente compra vino o si Paris es mejor o peor que "el Pandemia", Mañalich. Los comunicados diarios...sólo resuenan para los que gustan de los números. Jamás se nombra a los muertos. El tiempo pasa y entre clases y reuniones online transcurre la vida y se aceleran los ritmos.

A las preguntas... ¿volveremos?, ¿cuándo?, ¿cómo? No hay respuestas.

Hoy en mi Liceo, turnos éticos para entrega de canastas Junaeb.

Relatos y más relatos, pero el sentimiento de empatía. Sentir con dolor por mis niños y sus familias, resulta inexplicable...

Agustina Aravena

Santiago-Antofagasta

OBSERVACIONES EN EL SUSPENSO

Y entonces, todo se detuvo.

Y no hay para mí relato posible, porque no hay fin.

Solo algunas ideas que cruzan como ráfagas.

1. Algunos absolutos se volvieron relativos. Por ejemplo, un absoluto de mi vida era asumir la rutina de levantarme temprano, e irme a la escuela. Llegar allá y sumergirme en el trabajo sin saber qué era lo que sucedía en el mundo real, hasta que daban las 4, las 5, las 6, el horario que fuera, y salir de ahí para volver a casa y recuperarme para mí y para los míos. A veces me sentía viviendo en un acuario, creyendo que era una vida real, pero solo era una vida a escala. Y me daba cuenta de ello cuando salíamos con los niños a alguna actividad extraescolar. Entonces, apoyaba mi nariz de pez contra el vidrio de la pecera y miraba cómo era la vida del mundo exterior, con personas de mi edad tomando café, caminando por las calles e incluso haciendo deportes por los parques en día de semana. Pero yo era un pez obediente y volvía la vista a mi acuario y a mis pececillos. Ese fue mi absoluto durante casi 20 años de trabajo.

2. Recuerdo con nostalgia esa época en que la suspensión de clases por temporal era el hito que secretamente anhelábamos juntos, profesores y alumnos, tras una intensa noche de lluvia. Nos dormíamos con ese rumor persistente en nuestros techos o contra las ventanas y el sopor iba unido a la plegaria de "ojalá que mañana se suspendan las clases". Al día siguiente, despertábamos y lo primero que hacíamos era prender la tele, con la ilusión en la cornisa del corazón, como un pajarito aleteando. Y entonces, hermosa y magnífica aparecía la franja informativa que anunciaba que no habría clases por ese día. Entonces, era el regocijo de volver a la aún tibia cama, gozar ese calor como un paraíso recuperado y soñar que ojalá la suspensión durara por siempre.

3. Y ahora, en cambio estamos perdidos en esta pausa que de verdad se ha vuelto eterna, como la distancia infinita entre el número 1 y el 2. La idea del infinito entre dos números me pareció hermosa la primera vez que una compañera de matemáticas me la explicó. Me dijo que efectivamente los números no solo eran infinitos en la recta, sino cómo el infinito podría prolongarse entre dos números cualquiera debido a las infinitas divisiones. Así me siento yo ahora, no perdida en el fin de la recta, sino en un insondable lugar entre dos números. Estamos perdidos sin saber en qué lugar de las divisiones *milesimales* o *millonesimales* estamos, cuántas cifras tras la coma estamos, si finalmente, estamos más cerca del 1,1 o del 1,9.

4. Así como en la narrativa opera el principio de verosimilitud, por el cual nosotros lectores creemos el mundo que el autor nos configura, así también en la sala de clases opera un principio de credibilidad a la profesora. Cuando ese pacto no se cumple, cuando no se sella esa alianza, no hay aprendizaje posible y,

al contrario, cuando sí, es que las resistencias bajan y podemos influir. Pero la profesora de ahora no tiene respuestas. Es un personaje nuevo, pero es el único posible en este clima de incertezas. Entonces este pacto de verosimilitud entra en cuestión, porque la profesora no sabe, no sabe cuándo va a terminar esto, no sabe cómo solucionar los problemas de los estudiantes que ahora ya no son didácticos o disciplinarios, sino que son cómo van a comer al día siguiente, si los papás se quedaron sin trabajo, qué hacer si tienen miedo, cómo tolerar esto. Y la profesora no tiene respuestas y el puente se resquebraja y tal vez lo único que puede mantenerlo es la certeza de que no los abandonamos, que seguimos tras la pantalla, creyendo en ellos.

Cecilia Ramírez

Santiago

¿PARA QUÉ?

¿Para qué? Cada mañana es la misma pregunta. Miro el reloj, trato de pensar, enciendo el televisor como excusa, pero algo no deja concentrarme, celu, CANDY CRUSH, FACEBOOK, LIKES, ¡el correo! Tal vez alguien tenga dudas... no, tal vez mañana. Vuelvo a la tv, leo noticias, exploto, vuelvo a la tv. Ya llevo mucho rato despierta, es hora del desayuno, lo llevo a la cama, engullo, leo, veo, escucho, likes. Espero que sean las 9 para levantarme, comienza la máquina "Holaaaaaa, X, no me has entregado la guía, tienes alguna duda?" "Uta, el weón flojo! Ni siquiera sé con quién hablo ni siquiera hay respuesta, no me acuerdo de su cara, cabro 'e mierda... pero puede que no lo esté pasando bien, comerán, pelearán con su familia, "¿estás bien?, si necesitas algo me dices y vemos qué podemos hacer, vale?" Esta vieja ya está weviando, deben pensar y sí, mañana insistiré nuevamente. Aprovecho de leer un texto"... estas preguntas se ofrecen como invitación a resolver un dilema: ¿debiese estar resuelto el desarrollo de los estudiantes para que puedan aprender, o es más bien el aprendizaje una instancia para promover el desarrollo?" A lo lejos escucho algo de los tornillos, la madera, la cola... ¿otro proyecto más sin terminar, querido? El ruido me taladra, vuelvo a leer, no pueden estar separados, ¿ambas situaciones se debieran retroalimentar? Cresta! Voy mal.

El almuerzo, la ensalada, no descongelé la carne, mejor verduras y papas, sí, papas. Noticias: N contagiados, cuarentena, confinamiento, salir a trabajar, sobrevivir, ollas comunes, la colega se tira un meme en el grupo de wasap, jajajajajajaja, me identifica. Chuta, debo un reporte, ¿para qué? Nuevamente la pregunta esa. 20 de 32 guías recibidas, prrr, maw, la Matilda me suaviza "huy, guagüita, necesitas que te amase, cierto? Prrr, maw. Elemental, adecuado, adecuado, elemental, insuficiente ¿qué haré contigo, cristianito de dioh? –Hola coleguita, me podrías pasar el número de X. –Hola, soy la profe Claudia, cómo has estado, cómo te ha ido con las otras asignaturas, léiste la retroalimentación que te envié, podrías realizar la actividad nueva que te propongo, ah, no entendiste, te puedo hacer una video llamada, oh, qué mal que no tienes internet, pero mira, te explico, tienes tiempo, blablabla, es como Charlie Brown con su profesora, igualito.

- ¿Once?, sí, un café me vendría bien, ya estoy terminando. Para qué digo, un mensaje, otro, otro. No los voy a responder, que aprendan a respetar los horarios; ¿y si es algo importante?, ¿y si ya no me hablan más?, ¿y si es el único momento en que tienen internet?

Van a ser las 22 horas, me paro de la silla, me rearmo, cruje mi espalda, quiero mi cama, veré una película, tal vez termine de leer, otra vez wasap –Mira, lo que tienes que hacer es crear un relato de esta pandemia, dile a alguien de tu familia que te ayude, sí, claro, puede ser de otra temática, me parece genial, si todavía tienes dudas, mañana me hablas de nuevo, cuídate.

Claudia Cavada Díaz.

Calbuco, Región de los Lagos.

UN MONÓLOGO ENCUARENTENADO

Para empezar con estas palabras, recuerdo que ese domingo ya tenía listo el uniforme de mi hijo, mi delantal de trabajo planchado y mi mochila armada. Y apareció la famosa cadena nacional. Fue un momento de “bueno, no me viene mal parar unos minutos”. Sobre todo porque la pega que tenía pendiente en el colegio era... ¡llenar el libro de clases! Ese lunes fue normal, desde el colegio no exigieron más que enviar las guías de la semana, pero fue ahí cuando me di cuenta de que esto iba a ser caótico. Soy profesora jefe de un primero medio al que no conocía, salvo por los siete días que alcanzamos a estar en clases presenciales, y me desesperé ¿cómo me comunico con ellos? ¿cómo los motivo? Millones de preguntas que daban vueltas en mi cabeza. Además, para mi hijo este era su primer año de colegio y estábamos encerrados en casa.

Tuve que hacer lo que juré que nunca haría: llamar por teléfono a los papás desde mi número privado; así mi atesorada privacidad telefónica se fue a la B. Sin embargo, los agradecimientos de ellos al ver que me preocupaba por sus hijos, me dio la energía suficiente para saber que hice lo correcto. Con ellos establecí comunicación por WHATSAPP con otro número solo para esa app y así, empecé a crear lazos con ellos y afianzar los que ya tenía... Y ser mamá de un niño de prekínder también es una locura, donde llegaban y llegaban mails y yo sin tiempo para poder realizar las actividades, eso me tuvo muy angustiada hasta mayo, cuando tomé la decisión de desacelerarme, de entender que, si alcanzaba bien, y si no, bien también.

Y, además, vino el desafío de usar ZOOM... al principio fue ¡¿qué es eso?! Y empezamos con mi grupo de amigos a experimentar en esa tecnología, mientras que desde el colegio ya empezaban a pedir videos para los apoderados y para los chiquillos, buscando el mejor lugar de mi casa para grabar y usando filtros para no verme taaan blanca jejejejeje... Y empecé a visualizar que esto iba para largo: llevo más de cien días encuarentenada y creo que seguiré doscientos más.

Hago reuniones por ZOOM con mis chiquillos y vivo el drama de todo profe: no activan cámaras, cuando pregunto algo el silencio reina. A veces hablo sola y parezco loca preguntando ¿aló? ¿estás ahí? Y al rato aparece un mensaje en el chat que dice “miss, hay mucho ruido en mi casa” jajajaja... o se me cae el internet y se va todo a la B: me escucho como robot, no pueden verme o simplemente la reunión se cortó.

Han sido meses distintos, todo un desafío en los años que llevo ejerciendo, pero, aunque esté quedando la embarra da en el mundo, aunque siga encerrada por varios meses más, aunque todo se ponga cuesta arriba otra vez, no me arrepiento de ser profe, de llenarme de energía de mis chiquillos, de hablar con ellos y escuchar sus aventuras. He pensado incluso en hacer una pyme, pero me doy cuenta de que enseñar es una de las cosas que me hace feliz...

Karla Reyes Medina

Coltauco, región de O'Higgins

VIVENCIAS DE PANDEMIA

Definitivamente el coronavirus y su confinamiento han provocado un cambio en mi vida personal y profesional que jamás imaginé: desde almorzar con mi familia todos los días y comer comida fresca, pasar meses en mi casa sin salir ni hacer vida social, hasta gestionar todo a través de internet y del celular. Yo, que me declaraba abiertamente enemiga de estar conectados en todo momento de manera electrónica, hoy me he vuelto dependiente de una diversidad de redes computacionales para poder continuar con mi vida de manera “normal”.

Recuerdo haber terminado la primera semana de trabajo completa el día viernes 13 de marzo, desadaptada aún porque mi cuerpo y mi mente todavía olían a las vacaciones de verano vividas en la recientemente inaugurada casita del sur de Chile, a la cual pensábamos volver el primer fin de semana largo sin imaginar que no sería posible hacerlo. A las 13:15 me despedí de mis estudiantes de primero medio (mi jefatura) repitiéndoles una y otra vez que sus apoderados debían completar un documento enviado con ellos para registrar esa información, a la semana siguiente, en el libro de clases y en su ficha escolar y que por nada del mundo debían olvidar traerlo de vuelta el lunes 16...y no hubo tal lunes 16 y han pasado muchos lunes más y yo aún sin poder recibir esa tan esperada información que el orientador revisaría a fin de mes, porque según él era imprescindible en caso de supervisión.

Y desde aquel 13 de marzo, casi como signo de mal agüero o quizás de buena fortuna, la vida nos cambió a todos.

Nunca más volví a ver a mis estudiantes de manera “real”, tuvimos que crear un grupo de WHATSAPP para poder conocernos - ellas y ellos eran alumnos de primero medio y acababan de ingresar al liceo-, a mis apoderados los conocí hace un mes atrás de manera online... ¡quién lo iba a pensar! Ni siquiera Don Quijote en sus desvaríos imaginó semejante aventura. De los otros cursos, ni hablar...

Antes que terminara marzo me lancé a mi propia aventura y emprendí la lucha contra molinos de viento que en un principio me parecieron gigantes: asistí a cuanto *webinar* me invitaron, me convertí en autodidacta y enloquecí estudiando: ZOOM, MEET, JITSIMEET, TOMI DIGITAL, SOCRATIVE, PADLET...y una infinidad ...no sé cómo llamarlas: estrategias, plataformas, metodologías...¿para qué?... Para llegar a mis estudiantes, para conectarme con ellos, para acompañarlos, para que aprendieran y lo más importante: para que sintieran a su profesora cerca...¿Que si fue estresante? Mucho!!! Ansiedad, impotencia, confusión, cansancio, inseguridad... No obstante no me di por vencida. Si hasta me he sorprendido enseñando a mis colegas, y también a profesores de otros liceos, aquello que he aprendido y muchas veces he tenido que alentarlos para que no desistan, aunque a mí el mundo se me estuviera cayendo a pedazos.

De esa profe “innovadora” que creía ser, poco queda. Pero lo que queda es lo más significativo, eso que se va al fondo del vaso cuando dejas de revolver su contenido: la humanidad, la sencillez, la cercanía con los estudiantes, la resiliencia, y por sobre todo la tremenda vocación. Virtudes no menos importantes en un profesor.

No puedo dejar de mencionar que esta pandemia me ha arrebatado a amigos y ha puesto en jaque hasta a los que se creían robles y que por lo mismo jamás habían acudido a un hospital porque no necesitaban de los médicos. He asistido a funerales solitarios, donde he llorado en silencio, casi como ahogando la pena para que mis lágrimas no empañaran mis lentes ni mojaran la mascarilla, esa que quizás nos ha protegido del virus, pero además ha cubierto nuestro dolor.

He visto aprender a caminar de nuevo hasta a los más "patiperros" y han vuelto a usar pañales aquellos que por más de medio siglo no lo hacían. ¡Quién lo iba a pensar! Muchas noches, luego de elevar una plegaria por los que sufren y antes de disponerme a dormir, me he preguntado si volveremos a abrazarnos todos algún día. ¡No tengo la certeza!

Soy de aquellas docentes que no ha perdido su sueldo, pero que ha tenido que trabajar 24/7 para justificarlo, sin timbres que marquen los recreos ni el término de cada jornada.

Y mientras espero retirar el 10% de la AFP y alucino con lo que haré con ese dinero, me esfuerzo en dosificar el tiempo de la familia con el de las tareas del hogar y el teletrabajo. ¡Es complejo!

La ganancia de esta etapa será que la profesora que vuelva a clases cuando todo esto termine NO será la misma, porque habrá crecido en unos meses mucho más de lo que aprendió en 3 décadas de docencia, cuando creía que lo sabía todo.

María Gema Devia Toro

Instituto Politécnico Santa Cruz

Santa Cruz

EN MEDIO del asado, comencé a escuchar por la radio que varias comunas suspendían sus clases por el covid. Me pareció "genial" no tener que ir a trabajar al otro día, aún no me recuperaba del viaje *flash* que había realizado a Punta Arenas para capacitar a unos colegas, estaba feliz, recuerdo que en la austral ciudad disfruté cada día, tranquilamente, no me apresuré a conocer TODO lo que tenía que conocer, pues sabía que volvería en abril, la capacitación había sido un éxito y el 2020 sería el año de cumplir cada uno de mis propósitos...

Recibí un mail del colegio, en donde se explicaba que quienes tuviesen algún tipo de enfermedad crónica no debían presentarse a trabajar..., como me creo joven, a pesar de mi temprana hipertensión, decidí consultar al rector, fue la peor idea, estuve en una discusión por mail toda la tarde, porque ni yo ni él, queríamos entender los argumentos del otro. Al final tuve que levantarme temprano el lunes y mi hija muy preocupada, me pidió que fuera con mascarilla, lo encontré una exageración y la guardé en el bolsillo.... En ese instante recordé a unos orientales en un avión en diciembre a Rapanui (maravillosa experiencia), dos cosas que hacían me llamaron la atención, además de NO tener ningún respeto por soltar sus gases corpóreos.... Usaban mascarillas en el avión, pensé que quizás estaban resfriados y era parte de su locura, pero ese lunes en la mañana sentí que siguen estando adelantados en todo, incluso ellos ya estaban viviendo el covid...; en fin subí a la maravillosa micro de transantiago que me deja en las puertas del metro y no vi a nadie con mascarilla, pero al llegar al andén, ese tumulto, esa amalgama desconocida que me esperaba, como cada día, me obligó a sacar mi mascarilla de mi chaqueta y usarla, me sentí extraña, raramente hiperbolizada, pensé en mi hija y en las últimas noticias, que hablaban de esta extraña gripe que mataba y mataba, pero que estaba tan lejos... me quedé con la mascarilla, pero obviamente al bajarme en Manquehue me la saqué, jamás perder el estilo, llegué al colegio, reuniones fomes, reírnos como cada día con los colegas, criticar el equipo directivo y blablablá, encontrarme con el rector en uno de los amplios pasillos y no saber mucho qué hacer, por suerte, me dijo si se me había pasado el enojo.... Fue un día genial, salimos temprano y sin claridad sobre lo que pasaría después.

Las semanas siguientes, las recuerdo confusas, visité a mis padres, estuve con mi maravillosas sobrinas, compartí con mi él, que no sé bien qué es, pero existe... de pronto toque de queda, nuevamente mi libertad se veía acuartelada...., con mi pequeña gigante salimos al balcón nuevamente con los sartenes ya desgastados de tanto caceroleo, sin embargo, ese sonido era nuestra protesta, contra la rabia, veíamos noticias, pero estábamos desinformados, no teníamos certezas, pedíamos cuarentena, los estudios internacionales decían que se venía una calamidad para nuestro país, nuestro país, este país que he podido conocer, nuestro país, el de ricos y pobres, nuestro país, aquel donde la salud funciona para quien la paga ... Aceptamos el encierro, mi comuna Santiago, fue la primera en vivirlo, comenzó la angustia, las discusiones con mi hija, su exageración porque no quería que saliera a ninguna parte, fue un extraño marzo, estoy de cumpleaños en marzo y fue un anticipo de lo que sería este año, bueno y malo y solitario.... pero lo peor estaba por venir, mi familia, familia de gente trabajadora, familia que se atiende en el sistema público, lo estaba pasando mal desde el año pasado, una tía de esas que entras a su cocina y cada olor te transporta a tu infancia, está enferma no nombraré la maldita enfermedad, no quiero aún creerlo y si no lo escribo tal vez no exista, ella vive con mis padres y la familia de mi hermana, era abril y recuerdo un domingo, recibir un llamado de mi hermana, no me extraña pues nos hablamos dos o tres veces al día, me dice que fue con mi cuñado al hospital, pues se sentía mal. Lo dijo tan simple que no pensé en nada, después de tres días nos avisan que tiene el COVID, angustia, soledad, rabia, impotencia, tristeza, llanto, desesperanza.... Aislados se quedaron en su casa, mi hermana, mi cuñado y mis bellas sobrinas. Mi mamá no podía soportarlo, pero la calmé, sin embargo, a los pocos días mi hermana se siente mal va a la clínica tiene fiebre alta le duele el cuerpo no responde mis llamadas hablo con mi madre y le pido por favor que

la lleven al hospital no quiere según ella la dejarán tirada DESESPERACIÓN hablo con mi cuñado que responde que llamaron pero que les dijeron que era normal IMPOTENCIA iría a buscar a mi hermana el día domingo para llevarla al hospital, cuando me avisan que está demasiado complicada y la llevan ellos. Nervios, angustia, es difícil describir lo que vivimos esas semanas como familia, nadie del gobierno fue a verlos ni a mis padres, adultos mayores ni a mi tía por su maldita enfermedad, fueron semanas oscuras, tristes, de abandono, mi hermana tuvo COVID y neumonía, estuvo una semana hospitalizada y lloré muchos días, por no poder verla, pero la recuperamos.

Hoy uno de agosto, soy una experta en las clases online, hoy uno de agosto, estoy tranquila en mi cama escribiendo este breve relato y jamás pensé que viviría una pandemia, hoy uno de agosto mi vida es buena y la agradezco, no he perdido a ningún familiar y puedo seguir soñando la vida que imaginé, los planes cambiaron todos, no viajes, no capacitaciones y mucho encierro, pero este encierro me ha ayudado a comprender que todo lo que viene puede ser bueno o malo, que la muerte existe, que es parte y que con más fuerza que antes, hay que vivir sin miedo, disfrutando cada día como si fuera el último, al final lo único que tenemos es el hoy y tal como dice Silvio al final de este viaje partiremos de nuevo, al final del viaje comienza un camino , otro buen camino, al final del viaje estamos tú y yo intactos, quedamos los que puedan sonreír, en medio de la muerte, en plena luz, en plena luz....

Mary

Santiago Centro

SOY PROFESORA de Castellano y llevo 12 años haciendo clases (cuando lo escribo, lo veo y pienso en todo el tiempo que ha pasado ya). No me imagino haciendo otra cosa, simplemente me gusta hacer clases, ver crecer a mis estudiantes y que se interesen por diversos temas. Llevo 4 años en un colegio de Isla de Maipo, una comuna pequeña a las afueras de Santiago.

Este 2020 me recibía con un cuarto medio lleno de sueños y expectativas. Los tengo desde Primero Medio (cuando llegué al colegio) y siempre hablamos de este momento, de todas las cosas que haríamos todos juntos por última vez: el día del libro, el día de inglés, las convivencias, su baile pascuense, la fiesta de la primavera, la salida a Valparaíso, su último día de clases. Tantas cosas que vimos que los otros hacían por última vez y todos contábamos cuántos años quedaban para estar en esa misma posición. Hoy, desde mi casa intento darles ánimo, hablar con ellos: "estar presente".

Nos seguimos por redes sociales, les comparto información relevante, hablamos, les digo lo lindos que se ven en sus historias, me río de las cosas que ponen en sus redes tratando, siempre tratando, de estar, que sientan mi presencia: aquí está la Miss Vero.

Ha sido difícil, yo no tengo respuestas y, a veces, es raro que el profe no las tenga: uno siempre saca algo que decir, sin embargo, la pandemia trae dudas, dudas y miedos, miedos y cuestionamientos. Me he visto en momentos en que no sé qué decir, antes les sonreía, los abrazaba o les hacía cariño en el hombro, hoy mando STICKERS de cariño con muchos corazones.

Los preparo para la Prueba no sólo en mi área, hemos visto sobre becas, gratuidad, páginas para buscar distinta información, pero siento que debería hacer algo más. Armo material, les hago preguntas, trato de verdad que sí, luego pienso: si para mí ya es difícil todo esto, qué se puede esperar de jóvenes de 17-18 años que sienten que se les quitó un año, el año más importante para ellos.

Quiero volver, aunque sea una semana. Quiero verlos, poder decirles que lo que decidan está bien, que no se preocupen si no saben qué harán, porque si yo estuviera en el lugar de ellos tampoco lo sabría. He pensado en su graduación, en mi discurso, en decirles lo mucho que los quiero y en todo lo que he crecido junto a ellos (y no solo para los lados), que esta tremenda oportunidad de guiarlos ha sido algo gratificante. Quizás suceda, quizás no y todo esto sea vía online o peor. Sigo sin respuestas.

Verónica Cáceres Gómez

Profesora de Castellano

Profesora jefe de Cuarto Medio

Isla de Maipo

EN UN COVID LEJANO, MUY LEJANO

En un mundo de tinieblas, castillos y demases, llegó el covid a instaurar una nueva monarquía de absolutismo, enviando a estudiantes y profesores de todo el reino de Chile, de las aulas a la casa, esclavizándolos a estos últimos, a realizar mil maromas para que los niños puedan seguir prendiendo la llama del conocimiento y no extinguiéndola para toda la eternidad.

Suena bonito ¿Cierto?, pero la realidad es muy distinta, sobre todo en un contexto rural desvirtuado e inclemente, en donde las clases por ZOOM u otras plataformas de interacción virtual no existen, ya que dragones infernales incineraron celulares y LAPTOP a los príncipes del hogar, dejándolos vulnerables frente a la espada del conocimiento. Pobres de quienes imparten su sapiencia, sobre todo los Merlines de las asignaturas más complejas, que deben trabajar arduamente en post del pueblo, mientras los otros obtienen la venia del rey para preocuparse de otros hechizos ajenos a sostener el castillo y sus súbditos.

Pobre de aquel que ose enfrentarse al rey en tiempos de covid y proclame verdades que no han sido develadas al pueblo por los protegidos del señor, de blasfemias acusarán y quizás a la horca o a la hoguera os llevarán.

Este abyecto sistema no a todos recompensa, ya que en otros reinos, reyes y reinas presentan sus propios dilemas, organizando y rearmando el aula magna denominada escuela.

También debo manifestar, que el caldero y la varita laburan sin cesar, creando hechizos para que los principitos puedan aprender más, haciendo conjeturas, midiendo las estrellas, interpretando profecías para encontrar la cura e instaurar la sabiduría, ya que de sapos y culebras no se sobrevive en tiempos tan hostiles como el que impone el covid y sus ardides.

Al ser el gran Merlín, anhelo realizar un hechizo que me libere de este mal, que me agobia y carcome cada vez más, me asfixia y no puedo ni pensar en cómo continuar entregando mis conocimientos a los demás de una forma ejemplar.

Sin embargo, no todo está tan mal, en este escenario anormal, ya que en casa estoy con mi hijo y mi familia que son lo mejor, y al sacarme la capa y el sombrero de mago, vuelvo a ser yo, aunque las ideas del cuento infinito siguen entretejiéndose en mi cabeza, la sonrisa de mi gente me devuelve la cordura y recuerdo que no soy mago, sino que en esta realidad soy profesor y frente a esta realidad innata es la mejor opción para ocupar el conocimiento como arma letal con el fin de esta pandemia biológica e intelectual acabar.

Karina Fuentes Salinas o Darling maldita
Profesora de Castellano y Filosofía
Río Hurtado- Cuarta Región

CLAUSTROFOBIA

Me faltaba el aire, era como estar encerrado en un pequeño cajón de madera cuya atmósfera tibia era irrespirable. Empezaban a caer por mis sienes múltiples hilos de sudor cuyas gotas humedecían mis mejillas y se perdían raudas por mi cuello. A mi memoria, llegó el recuerdo de los ambientes claustrofóbicos de mi escritor favorito, el gran Edgar Allan Poe y en específico su cuento: "Entierro prematuro". Sí, al igual como el protagonista de aquel famoso relato, me encontraba encerrado e inmóvil sin poder escapar de aquel salón, como si me hubiesen sepultado en vida. La clase de lenguaje de aquella mañana de inicios del mes de julio, adquiría el ritmo pausado y abúlico de una proyección en cámara lenta. La mitad del curso, alumnos y alumnas del 1 medio A, me miraban con una cara de asombro y de no entender nada de lo que decía como si estuviera hablando en latín. Todo lo anterior, intensificado por una modulación menoscabada y un disminuido volumen de voz producto de una mascarilla cuya vida útil había expirado hace ya varias horas y que destilaba humedad por todas sus porosidades. No mejor lo pasaban mis ojos que como consecuencia de la extrema sudoración debían hacer esfuerzos sobrehumanos por lograr observar algo a través del protector facial íntegramente empañado.

En un instante de la clase, mi corazón empezó a palpar aceleradamente. El fuerte olor del alcohol gel que invadía toda la sala penetraba mis fosas nasales y adormecía a mi cerebro como el más letal cloroformo. Quise escapar de aquel inhóspito lugar, pero una fuerza extraña me detenía. Algo invadió todo mi ser y como un cuchillo de hielo atravesó cada uno de mis músculos, agarrotándolos. Ya mi voz se había silenciado, ni un susurro emergía de mi boca, que producto de la transpiración excesiva de mi cuerpo se había deshidratado de tal manera que mi lengua traposa y yerta no respondía ante ningún estímulo. De improviso, caí al suelo con un golpe seco de peso muerto. Por el rabillo del ojo, miré como todos los alumnos abandonaban sus cubículos separados por un artesanal armatoste de plástico transparente y corrieron a observarme formando una circunferencia alrededor de mí. Me miraban en completo silencio con sus rostros amorfos, en un momento me percaté con espanto como se liberaban de sus mascarillas lanzándolas a todos los rincones del salón y comenzaron a reírse a carcajadas, acercándose a tal punto que casi rozaban mi rostro.

A la distancia, escuché el repetitivo e insoportable ritmo de la alarma de mi celular, con el ruido más estrambótico de su repertorio. Abrí los ojos y me di cuenta de que todo había sido una horrible pesadilla. Estaba totalmente sudado y con mi corazón latiendo como una lluvia de granizos feroces. La realidad era que recién comenzaba el mes de agosto y aún estábamos con nuestra ciudad en cuarentena por el coronavirus. Las crisis de pánico se me habían vuelto regulares e invadían a mi inconsciente mientras dormía, súmese a lo anterior las constantes interrupciones del sueño durante la noche que provocaban que me levantara con unos dolores insoportables en todo mi cuerpo e incluso el bruxismo del último tiempo se había intensificado y sentía mis mandíbulas aporreadas como si hubiese practicado boxeo con el campeón mundial de los pesos pesados. Un horrible dolor de cabeza era la guinda de la torta de todas mis dolencias. Culpaba de todos mis males al prolongado encierro que debíamos cumplir para no caer en las garras invisibles de la pandemia.

Aquel día, no me correspondía realizar clases virtuales, pero sí debía entregar urgente las guías de la próxima semana para los seis niveles que por contrato laboral tenía asignados. A veces siento que todo el tiempo del que ahora disponemos nos ha atragantado de tal manera que nos ha hecho caer en la sima de la inercia y no lo aprovechamos como se debiese. Siento que el tiempo se escurre como arena entre los dedos y es extraño aquello, ya que incluso el mundo vertiginoso en el que vivimos ha entrado en un letargo invernal y cual mito de Sísifo ha puesto sobre nuestras espaldas un universo de "rutinas sin sentido" que no vale la pena cuestionar para no perder la poca racionalidad que nos va quedando en este enclaustramiento que se va transformando en una eternidad, pues creo que es innecesario hacer desagradable el sabor de una vida a la cual nos aferramos con dientes y uñas cuando a veces vislumbramos las puertas del averno que abiertas de par en par nos invitan a entrar en sus arcanas fauces.

Víctor Huenchunao

Santiago

UNA MAÑANA inquieta, ya no había alumnos, solo profesores asustados por querer irse a sus casas, pues la pandemia se comía la cotidianeidad.

Salí sin mis preciados libros, pensando que solo serían unas semanas, claro que como buenos profesores antes organizamos comprensiones lectoras para enviárselas a los niños y así no perder la continuidad.

El sol inundaba la ciudad, pero ya no nos entibiaba, solo se abría la incerteza en una bruma que se comía los sueños de los primeros días de marzo.

Desde nuestras casas trabajamos hasta que la palabra online se alzó trayendo autocapacitaciones interminables y crípticas. Fue ahí cuando la autoestima se fue más allá del suelo, no entendía nada, todo era ajeno e inasible. Las lágrimas de impotencia se volvieron compañeras inseparables, pero el amor propio, cual ave Fénix me rescató del Hades tecnológico.

Las clases a distancia traerían desaciertos, idas a negro en mitad de ellas, perdones por la desconexión, pero siempre sentí un "no se preocupe miss, nosotros la esperamos" lo que me llenaba de ternura y bríos para continuar con la tarea de educar.

La ciudad se inundó de sonidos de sirenas día y noche, la normalidad se alejaba cada vez más, pero mis niños de IV medio estaban ahí, aunque nadie encendía las cámaras, yo compartía ppt y preguntaba "se ve" y un soñoliento -sí miss- resonaba en mi solitaria y cerrada habitación, esto para que no se escucharan sonidos hogareños o interrupciones imprevistas.

La única certeza era mi pasión por la literatura y daba discursos interpretando, marcando ritmos retóricos, analizando, eso sí hasta mirar el reloj indicándome que la clase se había terminado varios minutos antes. Pero ellos seguían ahí, tal vez en los brazos de Sábato o Morfeo, pero estaban.

Una mañana ingresé al equipo, pero algo rocé que "me perdí en el ciberespacio", angustiada comencé a apretar botones y veía todo oscuro, pero llegó una voccecita que me dijo "miss se perdió... sígame" ¡¡plop!! y aparecí en medio de la clase mientras mis alumnos comentaban ¿qué le pasó, dónde se metió? ¿qué onda?. Y yo, andaba tomando aire.

Durante los "recreos" atisbaba la cantidad de contagiados y fallecidos, dolorosos y desconcertantes, pero tema excelente para la reflexión de ¿en qué momento perdimos la humanidad? ¿Realmente vivimos o nos aferramos ante el aplastante consumismo? ¿Me doy cuenta de todo lo que tengo y ayudo a quien lo requiere? Ellos como jóvenes críticos e impetuosos necesitan respuestas instantáneas, no les sirve el mañana, la vida es hoy.

El devenir es incierto, pletórico de incertezas; el hoy atestado de reuniones y eternos WEBINAR de priorizaciones, recetas de cómo educar y etcéteras y etcéteras.

Solo con una seguridad, cuando la vida profesional, el educar con pasión, el escuchar la risa de los jóvenes, aún con tanto dolor, la pandemia se desliza menos ruda y se pierde el contexto de horror que sumerge a nuestra ciudad en un ahogado grito de aflicción.

Roxana Monsalve González

Santiago

HABLEMOS DE UTOPIÁS EN TIEMPOS DISTÓPICOS

Siempre he reconocido que me atraen los contextos adversos para hacer clases, pues me obligan a cuestionar y replantear todo mi quehacer pedagógico, poner en acción mi capacidad de adaptación y agotar todos mis recursos didácticos para lograr un aprendizaje. Cada obstáculo lo considero como posibilidad de crecer ayudando a que otros también lo hagan. En cada uno de estos escenarios adversos me he percatado que llego a la misma conclusión: *la mejor herramienta de educación es la cercanía con el otro*. Sin embargo, por primera vez me estaban quitando el mejor recurso didáctico que he tenido: el tacto.

Suelo analizar todo, observar cada movimiento o interés del estudiante para saber qué siente y piensa mientras aprende, esto me ha permitido no conocer alumnos, sino seres humanos, mirarlos de frente y reconocerlos como iguales en nuestros anhelos y miedos, en nuestro rol social de profesor y estudiante, pero en nuestro rol humano de seres que comparten un espacio, un tiempo y un sentir; y desde allí, poder hablar de aprender, crecer y caminar juntos en busca de algún conocimiento; pero ahora, sólo vería pantallas, íconos y podría escuchar un par de audios si es que querían o sentían ganas de responder.

Actualmente me desempeño como docente de preuniversitario, donde trabajo de manera independiente. En paralelo, durante las mañanas realizo clases en la Universidad de Magallanes. En este contexto, tenía una doble misión: reorientar una enseñanza donde el monitoreo del proceso lector es vital para mejorar la comprensión; y por otro lado, en la enseñanza universitaria, cambiar el enfoque de la teoría y la exigencia documentada hacia el diálogo más simple; pues pretender llenar de documentos y trabajos es un despropósito cuando para todos, más que nunca, el sentir es más intenso que la concentración.

De esta manera, en primer lugar, resolví bajar la mensualidad del preuniversitario en un 50%, pues una clase vía online jamás equivaldrá lo mismo que la presencia y el contacto directo para aprender. Las clases se enfocan en las técnicas más importantes para enfrentar los ejercicios y la posterior revisión de cada alternativa. Al comienzo, dudé mucho si los estudiantes sobrellevarían hacer un preu (que ya es algo extra a la carga del colegio) de manera online, pero contrariamente, he tenido un interés muy activo, pues ellos mismos han podido ver resultados y encontrar en ello la motivación, incluso en contra del fastidio de vivir resguardados.

Con respecto a la docencia universitaria, sostuve mis clases en torno a la conversación sobre los contenidos y tratando de priorizar la reflexión, pues entiendo que el ser humano sometido a encierro tiende a ampararse en sus propios pensamientos, entonces era buen momento para usarlos como apoyo, motor y guía del aprendizaje. Por suerte, aquella idea resultó cierta y mis evaluaciones solo se remitieron a considerar cuánto podían profundizar, dialogar y fundamentar sus reflexiones en torno al contenido y su aplicación en el contexto actual. Cada clase no es una cátedra, es una excusa para compartir los pensamientos sin la presión de cumplir con un documento. Debo aceptar que, considerándome exigente en trabajos escritos, he obtenido mejores ideas que las que podría haber leído en cientos de ensayos y pruebas.

Reconozco que soy de esos profesores que necesitan hacer clases para poder vibrar; que una clase no solo me quita el sueño, sino que le da sentido a ellos; que me es vital tener el contacto humano con los estudiantes para enseñar, y que confío ciegamente en que la pedagogía es el camino para una mejor sociedad. Pero cuando nos quitan el tacto, encontraremos el sentido más profundo de la educación: tratar de entregar o enseñar algo que nos haga más liviana la vida cotidiana, y que incluso, puede ir más allá de lo presencial. Confiamos en que la educación seguirá manteniendo vivos los sueños, aun cuando todo parezca una mala pesadilla; pues, cuando creíamos que educar era enseñar lo que había que saber para vivir en el mundo de allá afuera, aprendimos que, en realidad, debíamos saber qué había en el mundo dentro de cada uno de nosotros para reconstruir el presente.

Roberto Vasquez

Punta Arenas

“En realidad, no debería uno contar nunca nada”
Tu rostro mañana, Javier Marías